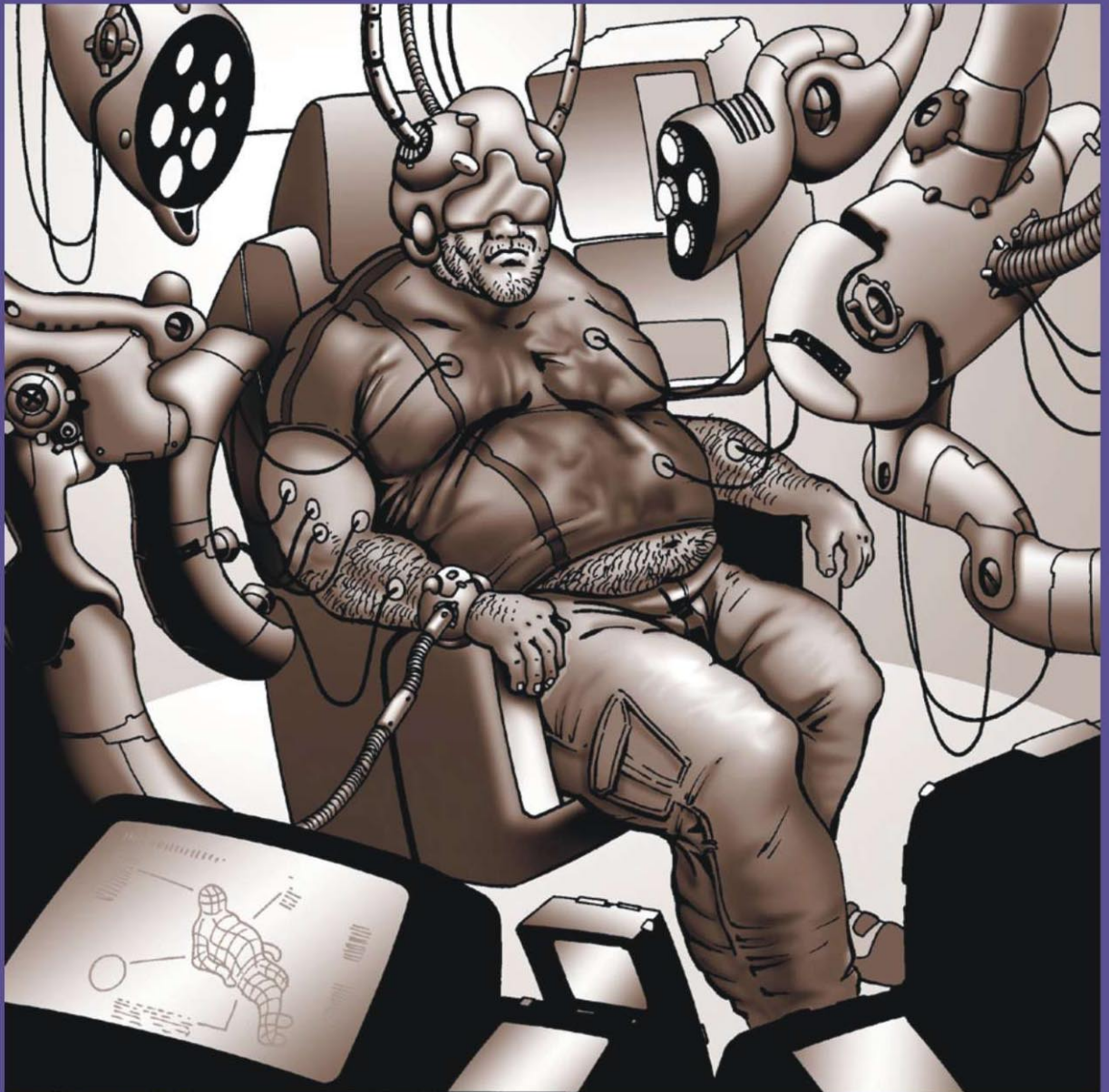


ERIDANI

Suplemento nº 2 de Alfa Eridiani



El último hombre gordo

Alfredo Alamo



ISSN: 1696-6538

EL ÚLTIMO HOMBRE GORDO

Alfredo Álamo

Editor: José Joaquín Ramos de Francisco.

Co-editor: Sergio Bayona Pérez.

Ilustrador: Guillermo Romano.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos del presente suplemento, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ERÍDANO*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ERÍDANO* y su logo son © del equipo editorial.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ERÍDANO*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir este suplemento siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite se hace en el contexto de la obra escrita que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

PRÓLOGO.....	1
EL CRÍTICO.....	2
EL ÚLTIMO HOMBRE GORDO.	13
MASAS	24
DIOS DEL ÁCIDO.....	39
Y SU SANGRE SE MEZCLÓ CON LAS ARENAS DE MARTE.....	48

Este volumen se acabo de editar en el ciberespacio el 1 de septiembre de 2003.



PRÓLOGO

Estimados amigos:
Hoy os presentamos un nuevo Eridano. Esta vez dedicado a Alfredo Álamo. Alfredo corre el riesgo de convertirse en un asiduo desde el Especial Poesía que publicamos en Julio. Y no me pesaría nada que así fuese, le considero un gran escritor y sus relatos están llenos de un humor y una fina ironía que ya me gustaría poseer yo.

En este suplemento le publicamos cinco cuentos que abordan la condición humana, como somos, como es nuestra sociedad, hacia dónde vamos de seguir así. Esa es otra de las cualidades de Alfredo, escribe sobre nosotros. A veces es una clara sátira como en *El crítico*, otras veces nos traslada a mundos de pesadilla como en *El último hombre gordo* y *Masas* para así analizar mejor la condición humana. ¿Cómo nos sentiríamos si ...? Pero no anticipemos acontecimientos.

Dios del ácido es una crítica social, tema querido por Alfredo, todos sus cuentos tienen un mucho de crítica social, pero este es especial porque también analiza la situación internacional a través de su autor favorito, Philip K. Dick. También es especial el cuento que cierra este suplemento, *Y su sangre se mezcló con la arenas de Marte*. Un homenaje a sus abuelos según confiesa el autor.

Ahora solo queda que disfrutes, tu lector, de este Eridano tanto como hemos disfrutado nosotros elaborándolo.

José Joaquín Ramos de Francisco



EL CRÍTICO

Este cuento está dedicado a mi amigo Quique, excelente crítico y mejor persona.

Henry se hizo a un lado para que pasara una enorme mosca azul. A la mosca le gustaban los dry martinis con mucho azúcar, los bares con poca luz y que le llamaran Ernest.

Tres meses antes, cuando Henry todavía tenía un trabajo relativamente normal como crítico de jazz en el Almanaque Cultural de Spring Valley, alguien había dejado una invitación en la mesa de su despacho.

—Eh, Harry —le preguntó a su compañero de despacho—, ¿sabes quién me ha traído esto?

—No, lo siento —contestó Harry—, he estado fuera todo el fin de semana con las finales de béisbol.

Genial, pensó Henry, béisbol. Bueno, había cosas peores. El paddle, supuso. Si supiera lo que era el paddle, claro. Henry se sentó en la mesa y ojeó la invitación. Sopesó el sobre, papel del bueno, dedujo. Sin sello ni remite. Consideró la posibilidad de un anónimo con amenaza de muerte incluida. No iba a ser la primera, la gente no sabía lo peligrosos que podían llegar a ser algunos músicos de jazz. Sobre todo los pianistas, con esos dedos grandes y fuertes... Henry se estremeció.

—¿Vas a abrir ese sobre o qué? —le dijo Harry acercándose a su mesa—, parece que por fin has logrado que te inviten a algún sitio sin que tengas que llorarles, ¿eh?

—No sé a lo que te refieres —contestó Henry mientras abría el sobre—, es normal que reciba invitaciones de acontecimientos oficiales.

—Sí, claro —sonrió Harry—. Como el festival de polcas de Vikingland.

Touché, pensó Henry. Su trabajo en el almanaque era comentar jazz y otras músicas. Englobando otras músicas como todo aquello que nadie quería ir a comentar. Eso incluía el festival de polcas y las finales nacionales de acordeón. Henry volvió a estremecerse, inquieto por algún recuerdo acerca de zuecos y tulípanes.

—Esperemos que no sea para un concierto de gaitas o algo así —le dijo a Harry vaciando el contenido del sobre encima de la mesa—, ya tuve bastante con aquellas trompetas gigantes tibetanas.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



Un pequeño disco negro, parecido a una de esas fichas de casino, cayó del interior del sobre encima de la mesa. Los dos compañeros se miraron.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó Henry.

—No lo sé —dudó Harry—, a mí me recuerda a aquella cosa de la isla del tesoro. La mancha negra, se la daban a los piratas que iban a asesinar —añadió con tono fantasmal.

—Ja, ja, que gracioso —rió sin ganas Henry—, me pregunto qué significará.

—¿A ver? —dijo Harry alargando la mano para coger la ficha.

Unos acordes de contrabajo empezaron a sonar en el despacho cuando Harry tocó la ficha negra. Henry intentó identificar la melodía, pero no le sonaba. Eso le molestó más que no saber de dónde salía la música.

—Saludos, Henry Myczewyck —sonó una voz tras los dos periodistas— Que la luz de la verdad ilumine siempre tu camino.

Los dos hombres volvieron a mirarse. Luego, lentamente, se giraron para ver quién les había hablado.

—Es un placer conocer por fin al crítico musical del Almanaque Cultural de Spring Valley —bufó por su larga trompa amarilla de elefante una figura vagamente humanoide. Era bípedo, con brazos largos, y su rostro era una amalgama de elefante y fox terrier. Vestía una túnica dorada con un bonito cinturón marrón a juego.

—¿Qué demonios? —exclamó Harry.

Henry no dijo nada. Estaba estupefacto, alguien acababa de pronunciar bien su apellido. Treinta y cuatro años de burlas y correcciones para que un ser con trompa de elefante lo pronunciara como era debido. La diosa de la fonética debía tener un extraño sentido del humor.

—Mira, Henry —dijo Harry atravesando la figura con su mano—, no es de verdad.

—Permítame que discrepe, señor —dijo el extraño ser haciendo un gesto con su trompa—. Pese a que esto es una proyección holográfica, soy bastante real.

—¿Y quién es usted, si puede saberse? —logró articular finalmente Henry.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Pueden llamarme Porter, si así lo desean —contestó el ser.

—Bien, Porter —continuó Henry mientras le hacía una seña a Harry para que dejara de atravesar la figura con las manos—, ¿y qué es lo que quiere?

—¿Lo que quiero? —pareció extrañarse Porter—. A usted, Sr. Myczewyck.

Henry no dijo nada. De entrada le gustaba escuchar su apellido pronunciado con tanta corrección, pero por otro lado aquel ser acababa de decir que le quería.

—No se asuste, Henry —dudó Porter— ¿Puedo llamarle Henry? Le estoy ofreciendo una invitación para nuestro festival intergaláctico de jazz.

—Aja —murmuró Henry intentando asimilar el jazz, lo intergaláctico y a aquel tipo de trompa amarilla.

—Será dentro de tres meses terrestres, cerca de lo que ustedes llaman el Cinturón de Orión —levantó la trompa Porter—, un espectáculo único, Henry, se lo aseguro.

¿Era su imaginación o aquel ser le había guiñado un ojo?

—Creo que eso queda un poco lejos de la zona que suelo cubrir —se excusó Henry.

—Venga, Henry —le animó Porter—, el año pasado fue usted a Nueva York para hacer por lo menos dos críticas.

—Tiene razón —dijo Harry con una sonrisa—, y Nueva York está bastante lejos de lo que sueles cubrir.

Henry lo fulminó con la mirada. Maldito cronista de paddle.

—¿Y usted cómo sabe lo de mis crónicas en Nueva York? —se extrañó Henry—. No, ¿cómo es que me conoce? —añadió con un tono de voz mas firme.

—El Almanaque Cultural es una gran revista de divulgación —sonrió Porter—, tiene muchos subscriptores. Se sorprendería usted de cuántos. Sus críticas sobre la actualidad musical tienen un gran eco en nuestra sociedad.

—¿Y a mí? —preguntó Harry— ¿me leen también a mí?

—Por supuesto, Sr. Goose —dijo Porter con una inclinación de trompa—. Sus crónicas de los partidos de baloncesto son muy apreciados en nuestro mundo. Esperamos con ansiedad sus comentarios sobre los *play-off*.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—¿Has oído, Henry? —dijo Harry—. Me leen. Allí arriba —añadió susurrando y señalando con el dedo índice hacia el techo.

—Bueno, Henry —continuó Porter—, ¿se anima usted a venir con nosotros?

—Creo que tengo que meditarlo —dijo Henry—, no es una decisión fácil.

—Lo comprendo —dijo Porter haciendo ondular su trompa—. Si toma una determinación no tiene más que coger la ficha y llamarme, me encargaré personalmente de su traslado.

—Gracias —dijo Henry tratando de imaginar aquel «*traslado*».

—Una cosa más —dijo Porter—. No he podido evitar darme cuenta que ustedes dos no se han mostrado demasiado sorprendidos por mi extraña apariencia. ¿Es normal entre los humanos esta tolerancia ante seres extraterrestres?

Henry se lo pensó un poco antes de contestar.

—La verdad es que dudo mucho que la mayoría de los humanos reaccionaran como nosotros —le aclaró—, pero tenga en cuenta que soy crítico musical. Se sorprendería de lo alienígenas que pueden llegar a ser algunos músicos. Ni se lo imagina.

—¿Y él? —señaló Porter a Harry con la trompa.

—Bueno, él es periodista deportivo. Ha perdido la capacidad de sorpresa.

—Entiendo —murmuró Porter mientras su imagen perdía claridad—. Tengo que irme ya, recuerde, Henry: llámeme, no lo lamentaré.

—Lo pensaré, Porter, una cosa más —preguntó aceleradamente— ¿Qué canción es la que lleva sonando todo el rato?

Antes de desaparecer Porter pareció sonreír, si es que eso era posible con aquella cara.

—Tendrá que venir al festival para saberlo —dijo justo en el momento en que la música se detenía.

Los dos hombres se mantuvieron en silencio durante algunos segundos. Harry se encendió un cigarrillo y Henry se sentó pesadamente mirando la ficha negra en su escritorio.

—Menudo notición —dijo Harry.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Menudo follón, querrás decir —dijo Henry mirándole preocupado—. Si se te ocurre contárselo a alguien acabarás de nuevo en aquella clínica para los nervios.

Harry asintió con la cabeza.

—Nos tomarían por locos, tienes razón. Parecía buen tipo, ese Porter. —añadió pensativo.

—Supongo...

—¿Vas a ir? —le preguntó Harry con una mirada cómplice.

—Hombre —contestó jugueteando con la ficha entre los dedos—, por lo menos parece más interesante que el festival de polcas de Vikingland.

La estación espacial donde se celebraba el festival intergaláctico de jazz era un hervidero de razas de todas las clases, según pudo observar Henry. Porter le guió a través de los amplios pasillos que atravesaban el lugar hasta su camarote en la cubierta dos. No era un mal sitio, estaba razonablemente cerca del auditorio donde se iba a desarrollar el festival y, para el alivio de Henry, también próximo a una zona de bares. Los bares eran una parte fundamental en la vida del crítico de jazz, allí era donde se refugiaba de los malos conciertos y donde celebraba los buenos. Donde se podía palpar el ambiente que había dejado la noche en el público y donde los músicos, a veces de madrugada, se reunían para tocar alguna improvisación hasta el amanecer. Después de ayudarlo a acomodarse, Porter le llevó hasta la sala de prensa, donde se reunía el resto de los periodistas destacados allí. Henry estaba algo nervioso ante la idea de conocer a sus colegas extraterrestres.

—¿Preparado, Henry? —le dijo Porter antes de abrir la puerta.

—Eso espero —le contestó.

En la sala les estaban esperando. Treinta seres, a cada cual más extraño para Henry, llenaban la sala. Una enorme mosca azul voló hacia él, debía medir por lo menos cincuenta centímetros de diámetro y sus ojos eran como balones de baloncesto.

—Encantado de conocerle, Henry —zumbó la mosca agitando sus alas rápidamente a modo de saludo—. Mi nombre es Ernest, del Pookanevuha News.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Encantado —dijo Henry haciendo un gesto con la mano a modo de saludo.

Uno a uno se fueron presentando los demás críticos, unos tenían manos, otros tentáculos, alguno parecía ser telépata, otros burbujearon en escafandras. Parecían buenos tipos, sobre todo cuando se abalanzaron sobre los canapés de forma furiosa. Periodistas, pensó Henry observando un canapé de color verde fosforescente antes de comérselo, una raza verdaderamente universal.

—Bueno, Henry —zumbó Ernest apartando la mirada de un bol lleno de melaza—, ¿qué le parece todo esto?

—La verdad es que todavía no me he hecho a la idea —contestó Henry—, ni siquiera sé quién toca en el festival.

—¿No? —se sorprendió la mosca gigante—. Vaya, eso puede ser un contratiempo. Pásese por mi camarote ésta tarde y le informaré acerca de los músicos. Es el 113, cubierta D.

—Gracias —dijo aliviado Henry—, me será de gran ayuda.

La mosca se alejó volando sin demasiada gracia. Menos mal, pensó Henry, que alguien se preocupa por echarme una mano.

—Disculpe —burbujeó alguien a su lado—, he visto que hablaba usted con Ernest.

—Si —dijo Henry girándose hacia Ablu Bubeel, un ser marino que vestía una especie de escafandra de buzo—. Ha sido muy amable ofreciéndome información sobre el festival.

—No se fie de él, Henry —le advirtió—. Sólo piensa en sí mismo, ese Ernest. Le utilizará y le pasará por encima como una apisonadora.

Como todos los colegas que había conocido en la Tierra, pensó Henry.

—Gracias, Ablu —le dijo dándole la mano— lo tendré en cuenta.

La sala se vació poco a poco a medida que el buffet se iba terminando. Porter se acercó a Henry con una copa en la mano.

—¿Desea que le muestre algo más? —le preguntó—. ¿Nuestros generadores de gravedad?, ¿Nuestras naves de impulso subluminico?

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—No, gracias Porter —contestó—, he quedado con Ernest para que me ayude con lo del festival.

Las orejitas de terrier de Porter aletearon y su trompa se estiró un poco.

—Discúlpeme —murmuró avergonzado Porter—, no había caído en que no conoce usted a los músicos. Es un error imperdonable.

—No se preocupe —le tranquilizó Henry—, ya ha hecho usted bastante. Deje que a partir de ahora haga mi trabajo.

—Me alivia usted —bufó por su trompa—. Espero que Ernest le sirva de ayuda.

Henry abandonó la sala y siguió las indicaciones luminosas de los pasillos hasta la cubierta D y el camarote de Ernest. La música se oía desde fuera, algo de Ragtime, pensó Henry, aunque tenía algo diferente, la melodía estaba un poco acelerada. Llamó a la puerta.

—Está abierto —escuchó decir a Ernest.

Henry accionó el botón de apertura y entró en el camarote. La mayor parte estaba cubierta de pequeñas fichas negras como la que Porter le había invitado. Una imagen holográfica de cuatro moscas azules parecidas a Ernest, solo que con sombreritos de paja, estaban tocando la música que se oía ahora por toda la cubierta D. Henry calculó el número de discos que debía almacenar Ernest en su camarote y comprendió las advertencias que le habían hecho. Aquella mosca no sólo era un crítico musical... Era un *coleccionista*.

—Pase Henry, pase —le invitó la mosca—, le he preparado una selección de lo más interesante.

—Me muero de ganas por escucharla —sonrió falsamente Henry mientras entraba en el camarote.

—¿Cómo le gusta el azúcar —le preguntó Ernest—, refinado o industrial?

Aquella iba a ser una tarde muy larga, decidió Henry al escuchar cerrarse la puerta tras él.

Los tres días de festival pasaron rápidamente. Los conciertos, descubrió Henry, no se diferenciaban demasiado de los que podría haber visto en un buen certamen terrestre. Es cierto que los intérpretes llamaban la atención,

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



y que sus virtuosismos técnicos se adaptaban a sus características físicas únicas, pero al final la música era música. Y eso no sale de las manos, sale de muy adentro, del alma. Claro que la triple guitarra a seis manos de Ferrer Ferrich era difícil de igualar, como el coro a dos cabezas de las siamesas Scheepa cantando una peculiar versión de «*Fever*». Pero no todo había sido agradable, por ejemplo la interpretación de «*Blue Train*», por Hajajl Ress, le había resultado artificial y pretenciosa; el cuarteto de G. Aba Alaana no había acertado con el ritmo en todo el concierto. Un espectáculo deslumbrante, pero con eclipses planetarios, terminó su crónica para el almanaque. Claro que cambiando un poco los nombres y el lugar del festival.

Las noches tras los conciertos habían sido de otra forma, claro. El sonido de las jams en la noche espacial todavía resonaba en sus oídos. No había jazz más puro que el de la improvisación y la comunión de músicos de diferentes estilos. Y aquí el término diferente alcanzaba un significado mucho más amplio que el que solía utilizar en la Tierra. Lástima de grabaciones, ¿sería buen negocio montar un estudio aquí? Henry terminó de corregir su crónica y envió una copia a la oficina de prensa del festival. Porter le había asegurado que todo el mundo la leería con avidez en cuanto la publicaran en una pequeña memoria con la que se obsequiaba al público.

Ernest entró volando por la puerta con un pequeño maletín.

—Hola Henry —le saludó—, te he traído unas cuantas grabaciones para que te las lleves a tu planeta.

—Muchas gracias —dijo Henry. Aunque la primera tarde con Ernest había sido algo pesada, habían logrado llegar a una buena amistad. La mosca azul tenía un buen sentido musical y ojo para los nuevos talentos, a Henry le gustó la idea de llevarse unas cuantas canciones a casa.

Un par de copas y varios terrones de azúcar después, Porter entró apresuradamente en el camarote de Henry. Su trompa había pasado del amarillo limón a un tono más naranja, sus orejas se movían de un lado a otro. Parecía agitado.

—¿Qué has hecho? —resopló con un pequeño librito en la mano—. Por la sagrada luz de Ann-Korok, ¿qué has hecho?

Henry, extrañado, cogió el libro de manos de Porter. Era la memoria del festival, sí que trabajaban rápido, pensó.

—¿Han publicado mi crítica? —le preguntó a Porter.

—Sí, maldito loco —volvió a resoplar la trompa—, ¿sabes lo que has conseguido?

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—No sé a que te refieres —dijo Henry arrugando el entrecejo.

—He leído tu opinión sobre Deaaan Jyckk, el batería de los Frrrii'aaah, «*No solo no sabe golpear correctamente ninguno de los tambores de la batería con sus seis brazos, la mayor parte del tiempo ni siquiera lograba acertar el ritmo del resto de la banda*».

—Es cierto —protestó Henry—, era bastante malo.

—Pero los Frrrii'aaah son originarios de Tau Ceti, un sistema con la tercera flota militar de este cuadrante —exclamó Porter—. ¿Sabes qué va a pasar cuándo lean esto?, se nos echarán encima.

—¿Quieres decir que son así de susceptibles? —soltó abruptamente un incrédulo Henry.

—Claro que sí, ¿por qué crees que montamos todo este festival? —explicó desesperado Porter levantando sus largos brazos de manera airada—. A la gente le importa, es una forma de diplomacia. Ni te imaginas los acuerdos que se firman entre concierto y concierto.

—No tenía ni idea —suspiró Henry—, Porter, ¿los Majaaank pertenecen a algún planeta militar o algo así?

—Los Majaank vienen de Inferno V, un sistema de lo más salvaje. ¿Qué has dicho de ellos? —dijo Porter quitándole de las manos la revista a Henry.

Su trompa pasó gradualmente de naranja a amarillo y de amarillo a blanco a medida que leía la crítica.

—Nos matarán a todos —balbuceó—. Los has puesto del revés. ¿En qué estaría yo pensando al traerte aquí?

—Oye —dijo Henry—, habérmelo dicho. Les habría descrito como el mejor grupo de la galaxia y alrededores.

—¿Pero Ernest no te había dicho nada? —Henry negó con la cabeza—. Maldito insecto panzudo —exclamó levantando su trompa—, me dijo que te había aclarado el aspecto político del festival. ¿Dónde está?

—Estaba aquí hace un momento —dijo Henry—. Se debe haber largado.

—Ahora lo entiendo todo —relinchó la trompa de Porter—. Debe haberse aliado con los de la Reunión Anual de Jazz de Satoria... Traidor asqueroso.

—¿Reunión Anual de Jazz? —interrogó Henry.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Sí, nuestro más temible rival. Deben haber pagado mucho para vernos reducidos a cenizas.

—Creo que estás exagerando, supongo que no llegarán a ese extremo, ¿verdad?

—¿Ves mi trompa contenta? —le preguntó Porter.

—No —respondió.

—Pues será mejor que nos larguemos lo antes posible.

—Venga, hombre... —empezó a decir Henry.

Una sonora explosión hizo que se tambalearan en el camarote. Las fichas que había dejado Ernest cayeron al suelo activándose, decenas de músicos fantasmales aparecieron en el aire tocando sus instrumentos.

—¡Maldita sea! —dijo Porter—. Le dije al consejo que no dejara atracar cruceros de combate. Pero claro —renegó—, como mi trompa no es lo suficientemente larga.

Otro impacto cortó el resto de sus quejas. Esta vez los dos cayeron al suelo atravesando a los músicos intangibles que seguían tocando imperturbables.

—Debemos alcanzar las unidades de transporte —chilló Porter—, corre Henry, corre.

No hizo falta que se lo repitiera, Henry atravesó la puerta a toda velocidad y se perdió por el pasillo en dirección a las cubiertas inferiores. Las alarmas de la estación sonaban a todo volumen y las luces de emergencia teñían las paredes de rojo y amarillo. Los cruceros de combate seguían descargando toda su potencia de fuego sobre la estación. El pánico se apoderó de tripulantes y civiles. Un último disparo alcanzó el núcleo de gravedad. El destello fue breve, sin sonido.

—Ya —dijo la mujer de vestido rojo y escote vertiginoso—, y tú quieres que me crea todo eso.

Henry le dio una calada al cigarrillo y le hizo una señal al camarero del Big Blues Bar.

—Otra copa para mí —le dijo—. La señora puede pedir lo que quiera.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Ni borracha —le advirtió la mujer—, lograrás hacerme creer esa historia tan absurda.

La Faith & Devotion Band terminó una canción más. Henry se distrajo un momento para aplaudir.

—¿Decías? —se disculpó un momento más tarde con la mujer.

—Que, si todo lo que me has dicho fuera cierto —le dijo ella lentamente—, ¿cómo demonios es que estás aquí, vivito y coleando?

—Te gustaría saberlo, ¿verdad? —sonrió Henry levantándose del taburete—. Habitación trescientos cuatro.

—¿Qué? —se sorprendió la mujer.

—Te regalo mi copa —le dijo antes de despedirse con un beso al aire—. Trescientos cuatro —gesticuló Henry en silencio.

La mujer miró el vaso de bourbon encima de la mesa. Ya le habían avisado que Nueva Orleáns en verano se llenaba de chalados, pero esto superaba sus expectativas. Aún así, dudó. Ese había resultado ser un chalado muy simpático.

Un hombre con gabardina calada hasta arriba y sombrero ancho se le acercó.

—No se crea nada de lo que diga ese hombre, señorita —le advirtió—. Está loco, loco de remate.

—Pero... —dijo la mujer sorprendida antes de callarse súbitamente.

El hombre se alejó, perdiéndose entre la multitud del bar. Hubiera sido fácil intentar seguirle, pero la mujer decidió pegarle un buen trago al bourbon de Henry. Luego subió las escaleras que llevaban a las habitaciones hasta llegar a la puerta trescientos cuatro.

Había decidido creer aquella historia tan extraña después de todo, quizás porque debajo de aquella gabardina con sombrero creía haber visto, por un momento, el inquietante movimiento de una larga y flexible trompa amarilla.

© Alfredo Álamo



EL ÚLTIMO HOMBRE GORDO.

La soledad del diferente, la caza, la incomprensión. Puede que nos dirijamos a un mundo en el que el aspecto físico sea lo más importante, puede que no. Después de mirar la báscula, espero que la respuesta sea negativa, por la cuenta que me trae.

X miró la camiseta sucia que no alcanzaba a disimular del todo sus mallas. Se rascó la papada con el dorso de la mano intentando, sin éxito, eliminar el exceso de sudor. La luz blanca de la máquina examinadora le molestaba sobremanera, obligándole a entornar continuamente sus pequeños ojillos marrones. Maldita máquina, pensó, ¿por qué me tienen que hacer esto a mí? La sala donde le examinaban cada tres meses era un lugar caluroso e incómodo, sin sillas ni bancos donde sentarse para descansar. Al menos esta vez no le habían obligado a desnudarse. Su cuerpo le hacía sentirse incómodo, sobre todo delante de los Ingenieros Genéticos que observaban su evaluación. Todos en el Departamento de Salud tenían unos cuerpos perfectos... Qué demonios, todo el mundo lucía un aspecto envidiable. Todos excepto X y su camiseta sucia, temblando de miedo frente a la luz incandescente.

—Por favor —sonó una aguda voz con tonos metálicos—, dese la vuelta y respire hondo.

X obedeció dócilmente, tal y como había hecho durante los últimos diez años de su vida. Las revisiones y evaluaciones no dejaban de ser un trámite relativamente rápido, pero a X se le hacían eternas. Cerró los ojos y respiró profundamente intentando abstraerse del mundo que le rodeaba, pero fue inútil: podía escuchar el zumbido eléctrico de las máquinas, el ruido de los tubos de neón e incluso el rascar de los bolígrafos de los ingenieros sobre las pantallas electrónicas mientras tomaban notas sobre él.

—Puede usted abandonar la plataforma —anunció aquella voz desagradable—. Evaluación terminada.

Las luces de la sala bajaron de intensidad y los ingenieros, armados con batas blancas y gafas de sol, fueron retirándose por la puerta de personal. El letrero de salida se iluminó en verde confirmando a X que podía volver a su trabajo. Los pasillos del edificio de Salud eran rectos y asépticos, vacíos de decoración y de gérmenes, pensó. Tuvo que avanzar un buen trecho antes de llegar al ascensor general, que le llevaría a Recepción para que le sellaran la visita. Eso era muy importante, recordó, la primera vez que le revisaron se puso tan nervioso que se olvidó de recoger su carné de Evaluado. Al entrar en el Metro saltaron las alarmas de contaminación y se inició el protocolo de seguridad e higiene. Un equipo SWAT le capturó y lo llevó a la sala de Cuarentenas y Asepsias donde lo mantuvieron bajo vigilancia 48 horas. Cuando

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



al final se aclaró que tenía la evaluación completada lo soltaron, pero con una penalización de 300 créditos por gastos innecesarios al estado. Desde entonces habían implantado nuevas medidas de seguridad a la entrada de lugares públicos. Nunca más se había olvidado de que le sellaran la visita y activaran su tarjeta. Y nunca se le olvidaría.

El ascensor llegó anunciándose con un sonoro *Ping*. La puerta de aluminio se deslizó suavemente dejando ver a un grupo de cinco jóvenes enfermeras. X entró en el ascensor intentando no rozar a ninguna de ellas. Pulsó el botón de la planta uno y esperó a que la puerta se cerrase.

—Éste ascensor tiene una carga útil de seis personas —graznó una voz asquerosamente parecida a la de la máquina evaluadora—. Por favor, abandone el habitáculo y espere al siguiente. Gracias.

X sintió cómo la sangre teñía sus mejillas de rojo y salió del ascensor sin mirar atrás. Pero no hacía falta, podía imaginarse las miradas y las risas de las enfermeras clavadas en su espalda. La puerta del ascensor se cerró, pero él podía seguir sintiéndolas allí, como un lazo físico que le ataba a la pulida superficie metálica. Otro *Ping* le anunció que un nuevo ascensor había llegado. Estaba vacío, entró bamboleándose y pulsó de nuevo el botón que le llevaría a salir de aquel horrible lugar.

La sala de recepción era un lugar concurrido, aquí sí que había lugar donde sentarse y esperar, se fijó X de mal humor. Todo allí era blanco y negro. Todo plastificado y mate. Las enfermeras vestían de blanco con vestidos cortos que dejaban ver su estupenda anatomía. Los enfermeros lo hacían de negro, con pantalones amplios y chalecos abiertos. Hasta los ancianos se veían estupendos y eso que estaban en un centro de salud. X notó que se le reseca la lengua y que volvía a sudar profusamente. Buscó rápidamente la ventanilla donde sellaban las visitas y se acercó con su Documento de Identificación y las Tarjetas correspondientes.

—Buenas tardes —le dijo un joven enfermero al otro lado de la ventanilla— ¿Viene para sellar su evaluación?

—Sí, sí —farfulló nervioso—. Aquí tiene los papeles. Dese prisa, ¿quiere? —suplicó.

—No se preocupe —le sonrió el joven mientras pasaba la tarjeta por un lector magnético—. En un momento lo tiene usted todo arreglado.

La consola del enfermero parpadeó en verde. Luego emitió un *Beep* que sonaba casi a un quejido. El joven cambió la sonrisa por una mueca de extrañeza. Volvió a pasar la tarjeta por el lector. Mismo parpadeo y mismo

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



Beep. X notó cómo el sudor empezaba a ser más que profuso, sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la cara.

—¿Algún problema? —preguntó con cautela.

—N-no —tartamudeó el enfermero—, bueno, no sé —aclaró—. ¿Puede esperar un momento mientras aviso a mi supervisor?

X asintió con la cabeza. ¿Qué podía pasarle ahora? Llevaba dos horas más de lo previsto en el Centro de Salud, se imaginó la cara de su propio supervisor, el Sr. Englund, intentando aplicar su cursillo de sicología motivacional «¿Qué le pasa X?, ¿Se aburre usted en el trabajo?, ¿No le gusta su mesa? Seguro que podemos encontrarle un rincón más alegre. Quiero que sepa que en este centro de trabajo usted es una pieza clave y que todos le apreciamos». Palabras y más palabras. Detrás de esa sonrisa y de los abrazos múltiples que se obligaban a dar en el trabajo, X veía todo un mundo de falsedad e hipocresía. Él no les gustaba, nunca les había gustado, lo sabía. Y ellos no le gustaban a él. Pero todo se mantenía en su sitio a base de sonrisas falsas y sicología barata.

Otro enfermero, más mayor que el anterior, ocupó el lugar tras la ventanilla.

—Buenos días, Sr. X —le saludó mientras repetía la operación de la tarjeta—. Ahora mismo podrá usted irse.

—Gracias —dijo X guardándose el pañuelo e intentando recuperar un poco la compostura.

La consola repitió el mismo proceso de parpadeo y Beep. El enfermero más joven le señaló algo en la pantalla que X no podía ver, el supervisor asintió con la cabeza. Cogió la tarjeta, la cuñó y, por fin, se la devolvió a X. Las palabras *Evaluación No Positiva* en rojo brillante atravesaban la tarjeta de izquierda a derecha. ¿Evaluación No Positiva? Otro eufemismo más para el rechazo, pero... ¿Qué demonios era todo aquello? Ahora comprendía la cara del primer enfermero al ver su informe, él nunca había oído hablar de que alguien no pasara la evaluación. Si había enfermedad se producía el ingreso en el centro de salud, pero ¿Evaluación No Positiva?

—¿Qué se supone que es esto? —le preguntó incrédulo al supervisor.

—Que ha sido usted rechazado por el comité de evaluación, Sr. X —contestó el hombre lentamente.

—No me lo puedo creer —dijo X moviendo la cabeza de un lado a otro, rechazando las palabras del enfermero.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Según la información de que disponemos, en un plazo de cinco días será usted —y el hombre se paró como si no comprendiera bien lo que estaba diciendo— Re-Socializado.

—¿Re-Socializado? —exclamó airado X— ¿Qué es eso de Re-Socializado?

Los enfermeros, en principio, mantuvieron un incómodo silencio mientras intentaban no mirarle a los ojos.

—La verdad, Sr. X —dijo el enfermero—, es que no lo tengo muy claro. No creo que nadie lo sepa en el Centro de Salud. Es la primera vez que pasa esto desde que yo estoy aquí.

Algo en el temblor de su voz le hizo creer a X que tenía razón. Pero si en Sanidad no sabían nada, ¿qué era lo que se suponía que tenía que hacer con su tarjeta rechazada?

—Debería acudir a su Consultor Personal, Sr. X —le aconsejó el enfermero más joven—. Posiblemente él sepa que es lo que más le conviene.

X no contestó, sólo les lanzó su mirada más peyorativa, la de *esclavos del sistema*. Su mirada favorita. Pero su temblor de rodillas delataba el estado de nervios en el que se estaba sumergiendo. Recogió sus tarjetas y salió a la calle bajo el reluciente Sol de finales de primavera. Siguió el paso, la Consultoría Central. A X le desagradaba la idea, el Consultor Personal tenía que ser una persona con la que contar en momentos de duda o problemas pero a X no le gustaba compartir sus sentimientos con un extraño. De todas formas no le quedaba más remedio que acudir a él. La estación de Metro estaba justo a la puerta del hospital, X cogió el ascensor que llevaba al andén.

—Tarjeta No Positiva —exclamó una vez más la voz metálica. ¿Era la misma otra vez? ¿Es que no tenían presupuesto para modular distintas voces?—. Por favor no utilice el transporte público.

X se quedó mirando el diminuto altavoz del ascensor mientras se abría la puerta y parpadeaba el cartel de *Abandone el Habitaciónulo*. No se lo podía creer, ¿qué esperaban?, ¿qué fuese andando?, su perfil de desplazamiento era público, no le permitía el acceso a vehículo propio. Suspiró un momento antes de ponerse en marcha. El sudor empapó completamente su camiseta.

El edificio de Consultoría estaba pintado en alegres colores chillones, rojos, verdes y amarillos combinados en módulos. Parecía construido en piezas gigantes de algún juego para niños. Unos jardines de flores blancas y violetas rodeaban el camino que llevaba a la puerta principal. Varias personas

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



caminaban conversando entre los setos y el olor a jazmín ocupaba el aire. X llegó casi sin resuello después de media hora de caminata, sudoroso y nervioso, a la entrada principal. Un joven aprendiz de Consultor, vestido únicamente con unos pantalones de lino, enseñando su musculoso torso, salió del edificio para ayudarlo.

—Señor —dijo ofreciendo su brazo—. Por favor, deje que le ayude.

—De acuerdo —dijo X después de sopesar el entrar sin ayuda en el centro, como un héroe, un mártir de las reglas higiénicas—. No puedo más.

—No se preocupe, señor. Enseguida podrá usted descansar. En recepción hay unos sillones muy cómodos.

X se dejó llevar hasta los sillones de los que le había hablado el joven. Eran de cuero rojo y, seguramente, cabría con dificultades, pero parecían bastante mullidos. X se derrumbó en uno de ellos y pidió un vaso de agua. Allí sentado podía ver a la gente que entraba y salía de los cubículos de consultoría, todos sonrientes y relajados. Él nunca había salido tranquilo de aquellos incómodos confesionarios, cara a cara con su consultor...

—X —sonó una voz familiar—, has hecho bien viniendo aquí. Acabo de recibir un informe de Sanidad que es poco positivo, ¿sabes? En realidad —añadió—, entre nosotros te puedo decir que me parece incluso no positivo...

Era Angus Baharmalaputra, su consultor personal, mitad escocés mitad hindú. Vestido con una túnica vaporosa que dejaba entrever su cuerpo moreno y bien definido. X se fijó en que se había afeitado la cabeza, ahora sí que tenía un aire decididamente étnico. Muy a la moda, por otra parte.

—Angus —dijo X angustiado—, tienes que ayudarme. He tenido que venir hasta aquí *andando*. ¿Me entiendes?, andando casi media hora.

—Tranquilo X, te comprendo perfectamente. Ven, entremos en una de las habitaciones y hablemos un rato.

Angus le ayudó a levantarse y, al despegar su cuerpo sudoroso del sillón, un sonoro ruido hizo que todo el mundo les mirara. Aunque Angus pareció no darle importancia, X bajó la vista y no la levantó hasta que entraron en uno de los cubículos donde se pasaba consulta. El interior de aquellas habitaciones era muy luminoso y se mantenía a una temperatura constante. A X no le gustaba el color verde botella con el que lo habían pintado, pero agradeció sobremanera el aire acondicionado. Dos sillas y una mesita con una cafetera ocupaban el centro de la habitación.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Bueno, X —dijo Angus mientras le ayudaba a sentarse—. Me acaban de pasar los datos de tu última evaluación. Los he revisado y, siento decírtelo, estoy de acuerdo con el resultado final.

—No lo entiendo —dijo X rascándose nervioso los dedos y las manos—, no he hecho nada diferente a otras veces. La misma rutina de los últimos años.

—Ese es el problema —dijo Angus frunciendo el ceño—. Sigues con la misma actitud de siempre. ¿Quieres saber qué dice el informe de tu supervisor?, que te muestras frío y distante con el resto de tus compañeros y con él mismo. Les has hecho daño, X. El Sr. Englund viene a menudo por aquí para que orientemos la sensación de fracaso que le has provocado.

X alcanzó una de las tazas y se sirvió algo de café, se la llevó a los labios y probó un sorbo. No era café. Parecía café, olía como el café y casi sabía como el café. Pero no lo era.

—Yo no he querido hacer daño a nadie —empezó a decir X.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Angus sirviéndose también una taza de aquel casi café—. Eres un buen hombre, lo que sucede es que estás desorientado. Hay algunos puntos en tu conducta que hay que corregir. Tienes que hablar más, sentirte más contento, ser capaz de tocar a los demás. La cuestión está en crear una mentalidad positiva hacia la sociedad.

—Si sólo es eso, no hay problema —suspiró aliviado X—. Sé que puedo cambiar. Ningún problema, de verdad. Hoy mismo empezaré a practicar, la próxima evaluación será positiva, muy positiva.

—Ese es el espíritu —le animó jovialmente el Consultor—. Estoy seguro de que tu próxima evaluación saldrá tan bien como dices. Sobre todo después de la Re-Socialización.

X se tensó involuntariamente, derramando parte de aquel casi café por encima de su camiseta. Re-Socialización. ¿Es que no confiaban en él?, si decía que podía cambiar y ser más social, lo sería.

—Por favor, Angus. ¿Qué es eso de la Re-Socialización? Entre todos me estáis asustando de verdad.

—¿Qué?, ¿Miedo?, oh, no, X, no te preocupes. No eres el primero que va a ser re-socializado —le intentó tranquilizar el consultor—. Si supieras quienes, seguro que llegarías a sorprenderte de lo bien que salió todo con ellos. Créeme si te digo que cuando salgas de la Re-Socialización lo verás todo mu-

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



cho más claro. Y además corregiremos lo de tu sobrepeso —añadió finalmente mirando la oronda barriga de X.

Sobrepeso. X siguió la mirada de Angus hasta su barriga. Así que era eso. Aquellos chicos musculosos y sonrientes se sentían ofendidos por su barriga, por su papada, por su culo gordo. Todas aquellas conversaciones sobre conducta desviada y sentimientos desenfocados, aquellas miradas furtivas y los comentarios en voz baja no eran más que un solapado «Estás gordo y no cabes en nuestro mundo».

—La verdad —continuó Angus—, me he preguntado muchas veces si tu conducta no será reflejo de tus hábitos alimenticios. ¿Tomas demasiados hidratos, tal vez?, ¿Grasas saturadas? Es posible que sientas un rechazo social inducido, una especie de fantasía paranoide que te empuje a auto-rechazarte socialmente.

La mano de X agarró de nuevo la cafetera que no tenía café de verdad. La luz del atardecer entraba por un ventanal iluminando suavemente la habitación. Los habitáculos estaban insonorizados. Nadie escuchó los gritos.

—¡Cuidado!, ¡es como un perro rabioso! —gritó el enfermero jefe mientras intentaba alcanzar a X con un pequeño táser eléctrico.

Los cristales de un montón de aparatos médicos estaban esparcidos por todo el laboratorio de Modificaciones de la Conducta. X los había roto todos al intentar escapar de nuevo. Las alarmas sonaron a todo volumen.

—Alarma, Alarma, Alarma en Laboratorio Tres —dijo una voz aguda y metálica que se clavó en la mente de X.

—¡Esa voz! —aulló X—. Esa voz otra vez, ¡siempre ahí!, ¡siempre tú!

Dejando a un lado al enfermero que tenía el táser, X se lanzó contra el altavoz que no paraba de graznar la alarma empuñando un extintor. Un golpe, dos, tres y cuatro hasta que, poco a poco, la voz se extinguió del todo. X sonrió triunfal hasta que notó una descarga eléctrica en su costado. Escocía un poco, pero no habían modulado las armas para alguien de su tamaño. Creían poder dominarle con armas para alfeñiques de cincuenta kilos. Le lanzó un golpe de revés al enfermero con la base del extintor que le alcanzó en plena cara girándole en el aire 360°. Volvía a estar empapado en sudor, pero ahora le daba lo mismo. Se sentía libre. La puerta del laboratorio se abrió y cuatro guardias de seguridad armados con porras entraron a toda prisa.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—¡Aquí estoy, —les gritó desafiante— delgaduchos!

Y siguió gritando hasta que el sonido de las porras al chocar contra su cuerpo logró ahogar primero sus desafíos y luego, sus quejidos de dolor. Al otro lado del cristal de seguridad del Laboratorio, Angus Baharmalaputra miraba la escena con el único ojo que todavía podía hacer funcionar. Una cicatriz le cruzaba la mitad del cráneo y otra se le unía en el lateral de la cara. La mandíbula no había curado bien y ofrecía un aspecto torcido. X se había cebado con él antes de escapar por el ventanal. Casi había muerto dos veces en la sala de operaciones. Su aspecto ahora era desolador, pasarían por lo menos cuatro o cinco años antes de que los implantes clonados alcanzaran la madurez necesaria para sustituir el tejido dañado. Pero Angus no le guardaba rencor a X. Era incapaz de ese tipo de sentimientos. El Sr. Englund le puso la mano en el hombro, tratando de animarle.

—Venga Angus, no seas duro contigo mismo. Todos intentamos ayudarle. Era él el que no quería ser ayudado.

—Quizás tenga razón. Pero mírelo, ¿qué puede llevar a un hombre a comportarse de esa manera tan animal?

—No lo sé, no le veo sentido.

—Yo tampoco. Se puso violento cuando le mencioné su sobrepeso. Creo que de alguna manera eso llegó a afectarle.

—Es posible. La verdad es que estaba algo rellenito.

—Es cierto, pero nunca nadie le habría dicho nada. Eso sería de mala educación.

—En el trabajo procurábamos obviar el tema lo máximo posible. No parecía que pudiera ser de utilidad señalarle con el dedo. Eso lo hubiera hecho diferente a los demás.

—Tiene razón. ¿Ha leído usted, Sicología Conductista del Inadaptado?

—Por supuesto. Es parte de nuestra formación como Supervisor. He encontrado sus pasajes de gran inspiración para conducir a mis subordinados.

—Lo escribí yo. Me alegra que le haya sido útil.

Angus se giró hacia el Sr. Englund para agradecerle su apoyo. Pero éste apartó la vista. ¿Por qué? De todas formas, y de acuerdo con los manuales de conducta, se dieron un abrazo. Mientras tanto X había sido reducido y lo estaban llevando de nuevo a la camilla.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Dobladle la dosis de Torazina —dijo un nuevo enfermero—, no quiero acabar como ellos —dijo señalando a los que yacían en tierra.

Cuatro hombres levantaron a X del suelo con bastante esfuerzo y lo pusieron encima de la camilla. Ataron sus manos y pies con fuerza, una enfermera se acercó recelosa con el maletín de Re-Socialización. Quince inyecciones de quince drogas diferentes para empezar. Luego vendría el tratamiento de tres meses con calmantes e inhibidores de la personalidad. Y, por supuesto, el régimen. El proceso de Re-Socialización era lento y minucioso, pero el índice de rehabilitación rondaba el noventa y nueve por ciento, todo un signo de calidad y amor por el trabajo. El caso de X llevaría más tiempo del habitual, ya que tenían que ponerle a tono físicamente, pero la gente del Centro de Salud que tenía asignado se había presentado voluntaria para el tratamiento físico.

Tras el cristal de seguridad varios enfermeros y enfermeras, envueltos en batas entalladas, guapos y bronceados, comentaban el proceso. Angus podía sentir cómo evitaban mirarle. Era por su cicatriz. Por su boca deforme. Su reflejo en el cristal era borroso, pero suficiente como para darse cuenta de su deformidad. El Sr. Englund se había apartado de él. A la quinta inyección decidió marcharse. Al salir escuchó cuchicheos en la sala, seguramente sobre sus cicatrices. Al coger el ascensor tres personas apartaron su mirada. No podían mirarle a la cara. Angus se encogió dentro de su bata blanca y marcó el botón del sótano. Las puertas se cerraron.

El sol de la mañana despertó suavemente a X de un sueño reparador. Desde su ventana del hospital se podía ver el bosque, con el otoño en su esplendor las hojas marrones formaban un mar de tonalidades que le ayudaba a relajarse. A la hora del desayuno la enfermera Elli siempre le servía su vaso de zumo. La enfermera Elli era muy amable con él y le traía la comida. Luego hablaban un poco, no demasiado, y ella se marchaba otra vez. Hasta la próxima consulta. Ya hacía tiempo que se habían acabado las inyecciones y eso le aliviaba. Entendía que eran por su bien, pero después de cada inyección se sentía muy enfermo y solía vomitar. El enfermero Tod le ayudaba entonces. Casi eran las siete y X esperaba impaciente a la enfermera Elli, tenía ganas de hablar con ella. La puerta de la habitación se abrió y un hombre entró rápidamente.

—Usted no es la enfermera Elli —gimió decepcionado X— ¿Ha traído mi zumo?

—¿Zumo?, no... —dijo el hombre dejando entrever un rostro surcado de cicatrices—. No habrá desayuno ésta mañana.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



X se quedó mirándole, perplejo. No estaba siendo amable con él. Algo le pasaba a su cara, no era tan hermosa como la enfermera Elli. Ni como el enfermero Todd.

—¿Quién es usted? —preguntó X intentando protegerse con las sábanas.

—¿No me reconoces, X? —dijo el hombre acercándose a X y a la ventana, mostrándole su rostro deformado por los golpes— ¿Tan lejos han llegado ya?

—No, no le recuerdo —le contestó X haciendo un esfuerzo por recordar.

—Soy yo, tu viejo consultor, Angus. ¿No te acuerdas de mí? Yo no he podido olvidarte —susurró en voz más baja agarrando una de las barandillas metálicas de la cama de hospital. X se fijó entonces que tenía las manos manchadas de sangre—. Me acuerdo de ti todas las mañanas al mirarme en el espejo.

—¿Dónde está la enfermera Elli? —preguntó un asustado X.

El hombre apartó la mirada, visiblemente incómodo por la pregunta.

—No quería mirarme —se excusó—. Ellos no me miran. Como hacían contigo. ¿Lo entiendes?, me paso los días pasando de puntillas entre ellos. Pidiendo perdón por ser como soy en cada gesto. Me convertiste en ti, en un ser deforme y desgraciado. Una serpiente en el paraíso de los hombres.

—No entiendo... —gimió X

—Ni lo entenderías en un millón de años —dijo amargamente Angus—. Te han quitado todos tus recuerdos, anulado tu personalidad... Ahora eres insoportablemente plano, como ellos. Como lo era yo. Pequeño ser insignificante. —Masculló.

—Pero... ¿entonces? —dijo X tragando saliva.

El antiguo Consultor metió una de sus manos en el bolsillo y sacó lo que a X le pareció un pequeño cuchillo. La luz dorada del amanecer hizo relucir la sangre en su filo. El único ojo de Angus brillaba de excitación y la baba le colgaba de la mandíbula deforme. X se protegió la cara con los brazos, incorporándose en la cama. Las sábanas se deslizaron por su pecho, dejando ver su cuerpo medio desnudo, sudoroso por la tensión, pero bien formado y torneado. En el centro de salud habían hecho un buen trabajo. Angus bajó el arma y se arrodilló junto a la cama. Entre sollozos intentaba acariciar a X, manchando las sábanas blancas con sangre.

—No puedo hacerlo —lloró—. Eres tan hermoso...

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



X se fijó en su cráneo hundido y en su ojo cegado que parecía estar supurando. Su otro ojo, que lagrimeaba patéticamente, parecía albergar un brillo de esperanza. Angus intentó sonreír, pero todo lo que consiguió fue una mueca que acentuó aún más su deformidad. La puerta de la habitación se abrió violentamente y el equipo de seguridad del hospital entró como un río en la habitación. Las porras eléctricas se levantaron al unísono antes de ser descargadas sobre Angus. X apartó la mirada. La alarma gritaba sin parar con una voz aguda y metálica.

El otoño llegó a su fin. Fuera de los muros del Centro de Salud, jóvenes deportistas corrían enfundados en mallas ajustadas. Todos sonreían.

© Alfredo Álamo



MASAS

Hace unos meses empecé a leer noticias sobre los movimientos de masas en diversas ciudades, grupos organizados por mail para motivos absurdos. Cuanto más se cuadricula al mundo, más nos acercamos al caos. Bueno, eso creo, espero estar equivocado.

H

06:00 am

Harold Bester, administrador del sistema de clase C, se despertó con el desagradable zumbido del despertador que tenía en la mesita de noche. Lo apagó con un gesto medido y se levantó de la cama en dirección al cuarto de baño sin perder un segundo en bostezos inútiles.

06:20 am

Tras veinte minutos exactos de aseo personal Harold entró en la cocina para preparar el desayuno. Como no era amigo de cambios ni fantasías dispuso lo siguiente: dos rebanadas de pan en la tostadora, un vaso de zumo de naranja, un tazón de leche y cereales con fibra. Se hizo el nudo de la corbata mientras se terminaban de hacer las tostadas y revisó el contenido de su maletín dejando que los cereales absorbieran la leche. Como todas las mañanas.

06:26:34 am

Unas gotas de zumo resbalaron por la comisura de los labios de Harold hasta caer en su camisa blanca. Digresión. Asincronía. Para cualquier otro podría haber sido un simple accidente, pero no para él. En el mundo de Harold la precisión y la exactitud eran el modelo de conducta a seguir, tanto en lo profesional como en lo personal. Había dejado atrás lo casual para abrazar lo causal. Esa mancha era producto de su descuido y, posiblemente, traería consecuencias. Las gotas naranjas de zumo en su camisa eran una anomalía de la pauta. Eso lo irritó profundamente.

06:30 am

Harold llevaba tres minutos y medio de retraso con respecto a su esquema diario, se había puesto otra camisa y cambiado de corbata. Avanzó apresurado por el pasillo hacia la cocina, recogió el maletín y miró desaprobadoramente al vaso de zumo. Ahora abriría la puerta, bajaría cinco escalones hasta la calle, abriría la reja del patio, saldría, giraría a la derecha y avanzaría cincuenta metros hasta su coche. Conocía cada grieta, desnivel y detalle de ese trayecto, con algo de suerte Ellos todavía no habrían salido a la calle.

06:33 am

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



Harold abrió la puerta, bajó cinco escalones, empujó la reja, salió y casi se dió de bruces con tres personas que se habían sentado a su puerta. Demasiado lento, pensó, ya han salido. La calle estaba llena de gente.

—Disculpe —dijo Harold haciéndose hueco entre la gente con el maletín—. Perdón —se excusaba a cada pequeño empujón.

La masa de gente era muy heterogénea, los había altos, bajos, negros, blancos, obreros, panaderos, mujeres o niños. Debían ser unos trescientos, más o menos, colapsando la calle donde vivía Harold. Se les veía tranquilos, algunos sentados en los patios, otros de pie apoyados en las paredes. Harold era el único que se abría paso entre la multitud utilizando su maletín como escudo. Los cincuenta metros que le separaban del coche se hicieron eternos. Cuando por fin lo alcanzó sintió que sus esperanzas de llegar a tiempo al trabajo desaparecían. Su automóvil estaba rodeado de un grupo de carteños. Incluso uno se había sentado en el capó. Harold no se paró a discutir con ellos, sabía que era inútil. Ya lo había intentado otras veces y el resultado había sido altamente insatisfactorio. Logró escapar del grueso de la multitud hasta la calle de al lado, agradablemente vacía de transeúntes. Esperó un buen rato y cogió un taxi. Miró su reloj, eran pasadas las siete. Los maldijo a todos.

La sede de la administración del sistema era un edificio gris en medio de un barrio gris. Estaba construido en un único y gigante bloque de hormigón sin ventanas que quedaba semioculto por cientos de pequeñas toberas de refrigeración. El taxi se detuvo ante la puerta de cristales negros que era la única apertura del edificio. Harold bajó del automóvil y admiró la simplicidad y perfección de la construcción. Agarró con fuerza el maletín y entró con paso firme, que llegara tarde no quería decir que no pensaba cumplir con su cometido diario.

—Buenos días, Hank —le dijo al conserje de la entrada sin casi mirarlo.

—Buenos días, Sr. Bester —obtuvo como respuesta.

El hall del edificio era enorme, treinta y seis columnas a lo largo de un suelo de mármol negro llevaban a los ascensores. No había decoración, sólo Hank, el conserje, sentado en una silla de madera rompía la armonía de la sala. Harold escuchó el eco de sus pasos solitarios mientras avanzaba hacia el ascensor número dos. Abrió la cancela de hierro forjado y marcó el piso de su habitáculo, el cincuenta y seis. La pantalla de comunicación se iluminó lentamente.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Bienvenido al Sistema, Sr. Bester —escuchó por los altavoces mientras la imagen se formaba en la pantalla—. Llega usted con treinta y cuatro minutos de retraso. En estos momentos tiene tres tareas en su cola de trabajo. Tiene un mensaje de voz, ¿desea escucharlo?

Harold sabía quién le había dejado el mensaje. Respiró profundamente antes de contestar.

—Sí, por favor. Active mensaje de voz —le dijo a la pantalla que ahora mostraba el rostro de una mujer. Era un rostro genérico, confeccionado digitalmente a partir de cientos de caras para mostrar la más corriente posible.

—Mensaje número uno —dijo sonriente la mujer—. ¡Maldita sea, Bester! —dijo aquel rostro impersonal cambiando su voz y sus gestos por los del Sr. Carlton, su jefe directo—. Tenemos una reunión muy importante hoy y todavía no me ha entregado los informes de la ampliación sur.

Harold sujetó con fuerza su maletín. Afortunadamente, tenía los informes preparados.

—Así que más le vale estar aquí antes de las ocho —continuó la mujer— si no quiere que le rebaje dos pisos, ¿lo entiende?

Harold lo entendía perfectamente. Había tardado diez largos años en ascender cuatro pisos, desde el departamento de previsión de residuos al de reurbanística aplicada.

—Mensaje terminado —dijo la mujer de la pantalla con su voz habitual.

El ascensor llegó a la planta cincuenta y seis. La cancela crujió con un quejido metálico al abrirse y dar paso al pasillo de distribución. A lo largo de ese pasadizo se repartían doscientos cincuenta y seis despachos, pero a Harold ahora le interesaba solamente uno: el que servía de guarida a su jefe, el Señor Carlton, administrador del sistema de clase B. La puerta estaba entreabierta, Harold golpeó suavemente con los nudillos antes de entrar.

—¿Sí? —dijo el Sr. Carlton al otro lado de su enorme mesa de despacho—. Ah, es usted, Bester. ¿Se puede saber qué le ha retenido —hizo una pausa para mirar su reloj— treinta y ocho minutos?

—Señor, ha sido una masa, señor. —Contestó Harold escudándose con el maletín.

—¿Una masa? —se extrañó su jefe—. Es cierto, usted vive cerca de las afueras. ¿No lo tiene controlado? —preguntó mirándole con suspicacia.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Hoy madrugaron, señor —le aclaró Harold—. Ya sabe lo impredecibles que son las masas.

—Si, bueno, supongo que sí. —dijo el señor Carlton dando por zanjado el tema—. ¿Ha traído los informes de la ampliación?

—Por supuesto señor —dijo Harold aliviado por dejar de hablar de su retraso—, he estado repasando los datos de productividad y creo que encontrará en el área de ingeniería social una buena base para su exposición.

—Hace falta limpiar esa parte de la ciudad, Bester —dijo el señor Carlton en su mejor tono condescendiente—, ¿ha estado allí alguna vez? Todo son callejuelas y revueltas. No hay avenidas, ¡los servicios de residuos se disponen de forma aleatoria!

La palabra *aleatoria* provocó el silencio en el despacho. El caos y lo aleatorio eran los principales enemigos del sistema. El orden y la lógica su guía.

—Estuve allí, señor. Hice el trabajo de campo —le recordó Harold rompiendo el silencio—. Un sitio horrible —añadió.

—En fin, Bester —dijo el señor Carlton recostándose en su sillón—, voy a leer sus informes y a preparar la reunión. Quiero que asista, será bueno para su aprendizaje. A las diez en la sala de reuniones.

—Gracias, señor —dijo Harold asintiendo con la cabeza—. Allí estaré.

El jefe del departamento de reurbanística aplicada empezó a leer los datos que Harold le había traído terminando así la entrevista. Harold se dio media vuelta y trató de salir del despacho lo más silenciosamente posible.

—Ah, Harold —dijo el señor Carlton justo cuando traspasaba el umbral—. Procure que ninguna masa le impida llegar a tiempo esta vez.

La horrible risa de su jefe le acompañó el resto del pasillo hasta su despacho. Abrió la puerta, buscó refugio.

Quedaban diez minutos para la hora de la reunión. Harold dejó sus aparatosas gafas virtuales a quince centímetros del borde de la mesa, recogió los papeles, los apiló y los metió en su correspondiente carpeta. Se quitó los guantes de conexión y los plegó cuidadosamente antes de meterlos en su funda y guardarlos en el segundo cajón de la derecha. Revisó su chaqueta en busca de alguna imperfección y se peinó los escasos cabellos que le quedaban antes de salir al pasillo. Recorrió treinta metros hasta llegar a la sala de

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



reuniones, la puerta se abrió al notar su presencia. La habitación estaba en penumbra, seguramente sería el primero en llegar. Había diez asientos alrededor de la mesa, Harold escogió el más cercano a la puerta. Al sentarse se dio cuenta que el asiento número siete, contando desde la puerta, también estaba ocupado. La poca luz le había impedido fijarse.

—Disculpe —dijo Harold—, no le había visto. ¿Viene usted a la reunión?

La figura no dijo nada. Acercó una mano hasta la mesa y encendió las luces. Harold se sintió avergonzado por no haberlo hecho él al entrar.

—No se preocupe —dijo una atractiva mujer morena de rasgos afilados—, yo tampoco le había visto.

Harold se sonrojó sin acabar de comprender el motivo. De repente empezó a sentirse incómodo de respirar en la misma habitación que esa mujer. Era demasiado atractiva. Intentó sonreírle, pero no quedó muy satisfecho del resultado. Se sintió como un idiota. Dentro del perfil emocional de Harold, ese espectro de reacciones era como si acabara de subir al Everest haciendo un esprint. Por primera vez en su vida deseó que llegara su jefe.

—¡Bester! —exclamó una voz a su espalda—, veo que la masa no le ha vuelto a atrapar esta vez.

Harold dio un respingo, era el señor Carlton y su repetitivo sentido del humor. Cuando pasó por su lado hacia la cabecera de la mesa se fijó en que la mujer le estaba mirando fijamente. A él. No sabía si era posible sonrojarse ya una vez sonrojado, pero de ser humanamente posible, lo estaría consiguiendo.

—Señorita Preston —dijo el señor Carlton estrechándole la mano a la mujer—, me alegra que haya podido venir a la reunión. Bester —dijo hacia él—, supongo que se habrá presentado.

Harold tragó saliva con dificultad.

—No señor. No he tenido tiempo —se excusó.

—Bien, el señor Harold Bester, la señorita Amanda Preston, de sociodinámica —les presentó.

—Encantado —dijo Harold.

La mujer le dirigió un saludo mediante una leve inclinación de la cabeza y dejó de mirarle. Sociodinámica, eso estaba tres pisos por encima del suyo. No le extrañaba que no le prestara demasiada atención. Afortunadamente

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



para su estima social, el resto de sillas alrededor de la mesa fue llenándose rápidamente, pudiendo así intentar pasar desapercibido ante aquella mujer.

—Estimados colegas —empezó a decir el Sr. Carlton—, bienvenidos a la presentación del proyecto de ampliación de la zona sur.

»No es necesario comentarles la actual situación de dicha zona, única ya sumida en la vergüenza del caos y la singularidad. El último proyecto de ampliación fue rechazado en varias ocasiones por el consejo de administración por no contemplar la situación global de la zona. Hoy, gracias al inestimable trabajo de campo del Sr. Bester, vamos a poner hincapié no solo en la parte urbanística, que todos ustedes conocen a la perfección, si no en el apartado del comportamiento de la población. La Señorita Preston —dijo haciendo una indicación hacia la joven mujer— va a ayudarles a comprender la reforma integral que se pretende realizar en la zona sur. Señorita Preston, por favor —le dijo cediéndole la palabra.

—Como bien ha dicho el Señor Carlton —empezó su alocución la mujer—, todos conocen la reforma de la zona sur o, mejor dicho, el derribo y construcción de la nueva zona. Las amplias avenidas sustituirán los pequeños callejones, junto con esa ampliación de espacios intentaremos ampliar la mente de los ciudadanos.

»Ahora la zona sur es un núcleo de anomalías, de puntos de inflexión en nuestra sociedad de pensamiento horizontal. Con el nuevo entramado urbano allanaremos sus mentes, ordenaremos sus pensamientos en las pautas del nuevo orden. Les enseñaremos las ventajas del desarrollo personal y del trabajo por objetivos a largo plazo. Se abolirá el pensamiento casual y se promoverá el causal, poco a poco iremos integrando a la población en nuestras ecuaciones más simplistas. Ése, señores, es el verdadero concepto de reurbanización.

La reunión fue rápida. La mayor parte de los consejeros presentes ya venían dispuestos a aprobar el proyecto de la ampliación sur. El Sr. Carlton volvió a desgranar cada uno de los inconvenientes de no tener una ciudad homogénea y moderna mientras que la señorita Preston se sentó y quedó en un discreto segundo plano. Sin embargo Harold se dio cuenta que sus palabras habían hecho mella en el resto de los asistentes a la reunión, los veía convencidos de las posibilidades de éste proyecto. Él, sin embargo, había prestado más atención a la Señorita Preston que a lo que decía, incluso tuvo que dejar de mirarla tan directamente por miedo a quedar en evidencia. Al terminar la reunión pensó en acercarse a ella, pero, antes de hacerlo, repasó mentalmente los temas sobre los que podían hablar. Se imaginó en diferentes conversaciones y todas ellas le llevaban al más absoluto ridículo social. Cuando se quiso dar cuenta estaba solo en la sala de reuniones. Algo en su

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



interior se estaba volviendo anómalo, ilógico. ¿Tenía razones para empezar a preocuparse?

Apagó las luces en silencio. Cerró la sala. Se fue.

—Señorita Preston, ¿qué hace usted? —dijo Harold visiblemente asustado.

—Los dos lo deseamos, Harold —contestó la mujer acariciándole el pecho—, no te resistas.

Harold miró la puerta de su despacho. Si alguien entraba en ese momento sería el final de su carrera en la administración. Ella gimió y le besó en los labios, mordiéndole suavemente.

—Amanda... —susurró abrazándola con fuerza.

06:07 am

Harold se despertó envuelto en sudor y abrazado a la almohada. El despertador sonaba insistentemente como había venido haciendo desde las seis de la mañana. ¿Ya?, se dijo Harold, otra vez llegaré tarde. Intentó olvidarse del sueño con la señorita Preston, le hacía sentir culpable. Mientras se vestía se asomó por la ventana, todavía no había llegado nadie de la masa, aún tenía la posibilidad de salir a tiempo. No preparó el desayuno, al abrir la puerta se dio cuenta de que llevaba dos días horriblemente singulares. Salió de casa corriendo hacia el coche, ésta vez lo había dejado aparcado cerca de la salida principal, casi nunca llegaban hasta allí. Llegó al coche sin ningún tropiezo, dejó el maletín en el asiento del acompañante y arrancó el motor. Sólo cuando llevaba ya un rato de camino empezó a tranquilizarse. La música relajante de la emisora oficial de comunicaciones estaba haciendo bien su trabajo, todos los conductores tenían la misma cara pacífica. El tráfico era fluido en la avenida principal, en diez minutos llegaría al trabajo.

Luces rojas, ¡frenazo!. Harold dejó las huellas de sus neumáticos en el asfalto. El coche de delante había parado en seco, obligando a Harold a un frenado de emergencia. El resto de coches también estaba parando a su alrededor. Los cláxones empezaron su concierto poco armonioso, la música relajante ya había perdido su efecto. La radio cambió automáticamente a la frecuencia de noticias. La voz del locutor empezó a sonar simultáneamente en todos los coches.

—Grandes retenciones en el centro de la ciudad —decía—, una gran masa ha aparecido justo en el cruce de la segunda con la primera avenida y se



ha detenido en mitad de la calzada. Los efectivos policiales están en estos momentos intentando movilizarles pero parece que la masa es demasiado grande como para que se disuelva en poco tiempo. Recordamos a los conductores atrapados en el atasco principal que no deben impacientarse. Calma y tranquilidad.

Harold bajó el volumen de la radio, le hubiese gustado apagarla, pero no podía. Tenía que llevarla siempre así. Otra masa, casi podía escuchar al Sr. Carlton como si lo tuviera sentado al lado. «*Oiga, Bester, ¿no será que forma usted parte de las masas?*». No lo podría soportar, miró a su alrededor intentando encontrar una salida. A su izquierda estaba el desvío hacia el barrio sur, nadie iba por él. No se fiaban de esa zona, no era lógica. Pero Harold había pasado varias semanas estudiando su urbanística. Podía callejear hasta salir por detrás de aquella masa que había colapsado el tráfico. Mientras giraba el volante y pisaba el acelerador se dio cuenta de que estaba infringiendo las bases del sistema, estaba utilizando su iniciativa. No es culpa mía, pensó circulando entre rotondas solitarias, es culpa de las masas.

Un cartel de precaución anunciaba el inicio de la zona sur, un aviso para aquellos que hubieran cometido el error de intentar atravesar sus calles sin un buen mapa. La gente que vivía en la zona sur no era demasiado amigable con los otros habitantes de la ciudad y, desde que se anunció la ampliación, lo eran menos todavía. Por lo menos Harold sabía una cosa que le tranquilizó, pese a todo su caos e imprevisibilidad en la zona sur no había masas. Si no se perdía en algún callejón sin salida llegaría a tiempo a su trabajo, no aparecería de la nada un montón de gente para impedirsele. Los primeros comercios empezaron a abrir sus puertas, incluso algunos exponían sus mercancías en la mismísima acera. Harold subió las ventanillas y trató de orientarse. Recordaba que la mal llamada calle principal se bifurcaba en dos más pasada la zona del mercado. Tenía que girar a la derecha hasta pasar la segunda revuelta y luego seguir hasta la tercera calle a la izquierda. Le hubiera gustado ir más deprisa, pero la gente ya estaba tomando posiciones y a Harold le asustaban esas aceras tan pequeñas, le daba la sensación de que en cualquier momento podía atropellar a alguien.

Las casas, todas diferentes, le producían un efecto hipnótico. ¿Tenía que haber girado en la calle anterior? Ahora no tenía la seguridad, se le hizo un nudo en el estómago. Si se había equivocado podía meterse en el centro de la zona sur, donde había calles por las que los coches no cabían. Se sujetó con fuerza al volante e intentó encontrar alguna referencia que le fuera conocida. Las calles iban pasando, estrechas, oscuras, presionando a Harold dentro de su automóvil. A los diez minutos creyó apreciar un ensanchamiento de la calzada, ¡sí!, se alegró, había llegado al principio de la primera avenida. Al fondo podía apreciar las luces rojas de la patrulla de masas, posiblemente ocupada en disolver el monumental atasco del que Harold parecía haber es-



capado. Unos conos amarillos y un policía de tráfico le indicaron que aminorara la velocidad, fuera del coche todo parecía transcurrir a cámara lenta, cientos de personas eran apartadas por las máquinas de la patrulla de masas, camionetas con enormes rodillos de gomaespuma empujaban a las personas hasta romper la cohesión de la masa. Harold se fijó en sus rostros tras las barreras policiales, todos con esa expresión vacía, con esos ojos fijos en el infinito. Y de repente, Amanda, entre el mar de caras, los ojos de la señorita Preston. Harold frenó el coche e intentó localizarla, bajó la ventanilla y sacó la cabeza por fuera. Sí, era ella, estaba allí. ¿Qué podía estar haciendo? Investigando, eso es, se dijo, la sociodinámica estudia a las masas. En un segundo perdió de vista a la mujer, engullida en la corriente de cuerpos anónimos que la rodeaba.

—Circule —le ordenó un policía— aquí no hay nada que ver.

Dentro de Harold no quedaban ya fuerzas para transgredir más normas elementales, hizo caso a la autoridad y emprendió la marcha hacia la administración. La imagen de la señorita Preston diluida en la masa no hacía más que darle vueltas en la cabeza. Sobre todo su mirada, sus ojos. Perdidos en el vacío de una nada desconcertante.

El cubículo de Harold nunca le había parecido incómodo. Las holografías campestres que decoraban su despacho eran muy relajantes, los campos de trigo simétricos entre sí, el granero rojo en lo alto de la colina. Eso sí, no había animales, los animales eran erráticos. De vez en cuando aparecía alguna abeja, el consejo de relaciones laborables lo consideraba un insecto permisible por su gran capacidad de organización y trabajo en equipo. A Harold siempre le habían gustado esas holografías, sin embargo ahora le parecían demasiado artificiales y repetitivas, carentes de atractivo. Sólo podía pensar en Amanda. Había descartado la etiqueta Señorita Preston para pensar en ella. Amanda perdida en la masa. Durante días había sentido el impulso de coger el ascensor y subir los tres pisos que le separaban de su despacho para hablar con ella, pero no había sido capaz. Por eso ahora las cuatro paredes de su despacho se le hacían tan pequeñas que tenía la necesidad imperiosa de escapar de allí lo antes posible. Pero no lo hizo. No lo hizo porque iría en contra de las normas. Y Harold se debía a las normas. Así que, como todo buen administrador del sistema, hizo lo que tenía que hacer. Redactó un memorandum, marcó la casilla de *correo confidencial* y se lo envió confiando en que sirviera de algo. El memorandum en cuestión venía a decir lo siguiente:

» Estimada Srta. Preston:

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



»No puedo más que confesarle mi enorme admiración por su trabajo en todo lo que concierne al campo de la conducta humana. Como ya sabe usted, suelo tener problemas con la aparición espontánea de masas cerca de mi domicilio y, para incrementar mi eficiencia en el sistema, me sería de gran utilidad si pudiera ayudarme a entender las pautas o motivos que llevan a las masas a formarse. Comprendo que alguien de su posición debería estar por encima de dar consejos didácticos a meros funcionarios de clase C, pero no he podido evitar buscar su consejo, que considero inteligente y documentado.

»Suyo por siempre,

»Harold Bester, Administrador C.

Era lo mejor que había podido escribir después de numerosos borradores. De todas formas no le había parecido especialmente brillante, pero no había nada más. Inició el programa de urbanismo y se dispuso a trabajar. La respuesta a su memorandum, sin embargo, llegó antes de lo esperado, a las dos horas un mensajero le trajo un sobre desde la oficina de sociodinámica. A Harold se le puso el corazón a cien por hora mientras abría el sobre de manera ansiosa. Una nota, una nota manuscrita, pensó Harold, me ha contestado de su puño y letra.

»Querido Harold —empezaba la nota—, sé de sus problemas con las masas a través de su jefe, el Sr. Carlton. La directriz principal con las masas, como usted bien sabe, consiste en esperar o esquivar la concentración anómala de ciudadanos. Pero como veo que necesita usted más ayuda le explicaré algo más sobre éste tema.

»Su naturaleza nos es desconocida, pero su comportamiento es definible, al menos en dos apartados: el intrínseco y el extrínseco.

»Su comportamiento intrínseco se relaciona con el caos y el vacío sensorial, entre sus propios miembros no existe una dinámica visible, su interrelación se limita a la concentración de individuos y la anulación masiva del comportamiento.

»Su comportamiento extrínseco, frente al exterior, es sin embargo activo. La masa tiende a expulsar a los individuos que no se pliegan al no-influjo de la masa. Todo individuo externo inmerso en una masa que intente avanzar hacia su centro se encontrará con un movimiento en espiral que le alejará de la masa hasta verse expulsado de ella.

»Sin embargo lamento decirle que la aparición de las masas sigue siendo aleatoria y temo no poder serle de utilidad en su principal problema, que parece ser sus encuentros casuales con ellas.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



»Atentamente, Amanda Preston.

Harold releyó la respuesta varias veces. Si lo que decía en ella era cierto le desconcertaba aún más el haberla visto dentro de aquella masa cerca del centro. La vida se le estaba complicando terriblemente desde que aquellas gotas de zumo le mancharan la camisa. Causalidad, reflexionó, todo hecho procede de otro. Por lo menos Amanda se había tomado la molestia de contestarle personalmente, sólo por eso podía haber valido la pena todos los dolores de cabeza que las masas le estaban proporcionando últimamente.

No volvió a tener problemas con las masas ni pensó demasiado en ellas hasta dos días después. El señor Carlton lo llamó a su despacho para hablar, según él, de un tema muy importante, Harold se preparó a conciencia y salió rápidamente para su despacho. Cuando llegó su jefe acababa de conectar un enorme mapa holográfico de la ciudad.

—Pase, Bester, pase —le dijo—. Creo que esto le va a interesar especialmente. Hemos recibido nuevas ecuaciones sobre la dinámica de masas.

—¿De sociodinámica? —preguntó Harold con la esperanza de ver a Amanda de nuevo.

—¿De esos chalados? —contestó el Señor Carlton—. Ni hablar. De la facultad de matemáticas, más concretamente del departamento de Estudios del Caos.

—No sabía que el Caos se estudiara en la universidad —se sorprendió Harold.

—Es experimental, pero viene dando buenos resultados. Ahora atienda, como decidimos en su día que la aparición de las masas era azar puro, entropía social, el departamento de Estudios del Caos se interesó en el tema. Hoy he recibido ésta simulación de tiempo.

La pantalla holográfica donde se mostraba el mapa de la ciudad marcó un índice de tiempo. Tres semanas antes. Se puso en marcha el contador y pequeñas manchas empezaron a aparecer en distintos lugares de la ciudad. Harold reconoció su barrio como uno de los más afectados por las manchas.

—Cada masa reflejada por la ecuación ha aparecido en la realidad —decía el Sr. Carlton—, así que nos vemos con la capacidad de poder erradicar el problema antes de que aparezca. Me han prometido un margen de error de un 0.01 por ciento

—¿Qué quiere decir? —preguntó Harold

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Hemos analizado los archivos de sociodinámica. Una vez un individuo forma parte de la masa, queda ligada a ella para siempre. Es decir —dijo señalando con un puntero— si dividimos la ciudad en cuadrantes y analizamos las masas, encontraremos que los integrantes de la masa en cada sector son básicamente los mismos, con tendencia al incremento. Si vaciamos las masas en su punto máximo de formación, no volverán a aparecer.

—¿Vaciar las masas? —dijo Harold—, no se referirá usted a...

—En efecto —dijo muy ufano el señor Carlton—, las patrullas han recibido la orden de reciclar a los ciudadanos que participen en las masas. Ahora que podemos acotar las zonas y predecir los picos de intensidad, el consejo ha concedido el permiso final.

Harold tragó saliva con dificultad. Reciclar era el eufemismo que utilizaban para el asesinato selectivo y abono de los jardines municipales. El contador del mapa seguía avanzando hacia la fecha presente.

—¿Qué han dicho en sociodinámica?

—Bueno, en realidad nada —comentó su jefe.

—¿Nada? —se sorprendió.

—La función principal del departamento de sociodinámica era la investigación de las masas —explicó— con el problema resuelto, el departamento ha sido estructurado de nuevo. Han repartido sus miembros entre el departamento de Re-Educación y el de Conductismo Social.

La fecha del mapa alcanzó su final, en el centro de la ciudad apareció una gran mancha. El señor Carlton sonrió.

—Dentro de nada vamos a comprobar que el nuevo procedimiento funciona, Bester. Por fin se librará usted de las masas.

Harold reculó hacia la puerta, apenas pudo mascullar una excusa antes de salir corriendo hacia los ascensores. La masa de hoy estaba en el mismo sitio que la que había producido aquel gran atasco. Si lo que su jefe le había dicho era cierto, Amanda formaría parte de la masa, una masa que iba a ser completamente reciclada.

El ascensor le pareció horriblemente lento en su trayecto. El visor le mostró la lista de mensajes pendientes, su jefe le estaba dejando uno en ese mismo momento. Prefirió no escucharlo. Cuando llegó al piso cincuenta y nueve estaba lleno de funcionarios cambiando de despacho, todos con sus cajas llenas de expedientes, gafas virtuales y los cinco objetos personales

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



que la administración dejaba poseer en los despachos. Harold paró al primero que pudo.

—Disculpe —dijo— ¿El despacho de Amanda Preston?

—Si le digo la verdad —contestó el funcionario—, era el doscientos veinte. Pero después de todos estos cambios de personal no creo que siga siendo el mismo.

El despacho doscientos veinte estaba al otro lado del pasillo, Harold llegó hasta él esquivando magistralmente a la gente, tenía mucha práctica con las masas. Llamó a la puerta y abrió sin esperar a recibir permiso. En el despacho no había nadie, las holografías estaban conectadas mostrando un paisaje de molinos y tulipanes. Todos los papeles y archivos estaban allí, junto con la placa de identificación de Amanda encima de la mesa. No había recogido sus cosas. Harold miró su reloj, faltaban diez minutos para que la masa se formara. Se sintió horriblemente singular al abandonar el piso cincuenta y nueve camino de la salida.

Llovía ligeramente sobre la ciudad cuando los primeros miembros de las patrullas policiales acotaron el perímetro. Harold detuvo su automóvil frente a una de las barreras y bajó con la intención de buscar a Amanda en aquella masa que se estaba formando al otro lado de las tiras plásticas.

—¿Dónde cree que va? —le dijo un policía—. Ésta es una zona restringida. ¿No ha visto los carteles?

—¡Tengo que entrar ahí! —exclamó Harold— ¡Hay una funcionaria dentro de esa masa!

El policía no cambió de expresión ni de postura, extrajo su porra y la apoyó contra el pecho de Harold.

—Escúcheme bien, amigo —le dijo en tono amenazador—, si no se larga ahora mismo tendré que utilizar la fuerza. Y créame si le digo que me encantaría.

La lluvia seguía cayendo, ahora con más fuerza. Harold retrocedió y volvió a meterse en el coche. Tenía que llegar a la masa, llegar hasta Amanda. No sabía por qué, quizás por ser una víctima de la causalidad y estar presa de un destino que había ido desgranándose casi sin sentido desde aquel desayuno accidentado. Todo su orden tan minuciosamente construido había resultado ser tan endeble que una sola pieza fuera de su sitio había desmoronado todo pensamiento lógico.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



Arrancó el motor del coche y condujo rodeando la barrera policial hasta que entró en la zona sur. Los charcos rellenaban el deficiente asfaltado y los desagües de las terrazas vertían el agua sin esperanzas de reciclado. Callejeó hasta encontrarse con las primeras estribaciones de la zona centro, algunos miembros de la masa estaban allí, sentados en las aceras completamente empapados. Harold dejó el coche y entró en la masa de gente que se expandía en el gran cruce de la avenida principal, debían de ser por lo menos seiscientas personas. Aún no se había alcanzado el pico de máxima afluencia, las fuerzas policiales esperaban su momento.

—¡Amanda! —gritaba Harold entre la lluvia— ¡Amanda!

Pero la masa reaccionó ante Harold. Su presencia tenía un motivo y por tanto resultaba exógena a su naturaleza. Tal y como le había dicho Amanda, la masa empezó a girar. Era un movimiento difícil de apreciar, un pequeño empujón aquí, tres o cuatro personas agrupadas allá. Cuanto más intentaba penetrar Harold en el centro de la masa, más difícil le resultaba avanzar. Intentó abrirse paso a la fuerza, pero lo único que consiguió fue cansarse inútilmente. Quedaba poco para que la policía actuase. Harold se arrodilló, inmóvil, sin hacer caso de los pequeños golpes y empujones que recibía. Y de repente allí estaba Amanda, de pie junto a él, con la mirada perdida, con el gesto vacío. Intentó agarrarla, pero ella se movía en círculos con el resto de la gente, desesperado corrió tras ella y logró coger su mano.

—¡Amanda! —suplicó Harold— Ven conmigo, por favor.

Por un momento Harold se imaginó a Amanda escapando de la masa, vio como ellos no estaban allí sino en un precioso campo de trigo simétrico a otros campos bajo la figura tranquilizadora de un granero rojo. Su presa resbaló por la lluvia y Amanda se alejó atrapada en la fuerza centrípeta del giro de la masa. La misma fuerza que golpeó a Harold y se lo llevó como en un latigazo hacia la zona más exterior de la concentración.

Ensangrentado y terriblemente cansado se arrastró hasta las barreras policiales.

—Ha tenido suerte, señor —dijo un policía—, acabamos de recibir la orden.

—¿Qué orden? —preguntó tembloroso mientras intentaba levantarse.

—Reciclaje, ciudadano —sonrió el policía levantando una escopeta—, reciclaje.

Las furgonetas irrumpieron a toda velocidad en medio de la masa, habían sustituido las barras de gomaespuma por placas de acero con bordes

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



afilados. Detrás entraron los policías disparando a discreción. El sonido resultaba atronador. Nadie gritó excepto Harold. Lo hizo hasta quedarse sin voz.

La lluvia había cesado dando paso a una tarde despejada. Cerca de la avenida había un parque donde los niños solían ir a jugar. Harold se sentó en un banco mientras veía pasar los furgones de recogida de residuos. Se sentía horriblemente cansado, abatido. Desordenado. En su interior ya no existía una lógica preestablecida, pero tampoco una ilógica dominante. Nada. Vacío. Se había sentado allí como podía haberlo hecho en cualquier otro lado. El cielo parecía tan lejano. Un hombre se sentó a su lado sin decir nada. Los camiones seguían su tráfico, los niños iban y venían. Se acercó el crepúsculo. Una mujer se tumbó en el césped junto a ellos. Nadie dijo nada.

A medianoche, cuando los furgones policiales los empezaron a rodear, ya eran más de doscientos.

© Alfredo Álamo



DIOS DEL ÁCIDO

La verdad es que esta idea me venía rondando la cabeza desde hacía mucho tiempo, ¿cómo reaccionaría Dick ante nuestro presente?, ¿Y si sus fantasías son nuestra realidad? A mí me resulta aterrador.

1970.

El frasco con LSD brillaba bajo la luz de la linterna. Lo habían roto todo menos eso, pensó Philip mientras contemplaba desolado el aspecto de su apartamento. Todo estaba revuelto y destrozado, sillones, mesas, cortinas... Y luego algunos a sus espaldas se atrevían a llamarle paranoico. Enfadado, pero práctico, empezó a recoger sus cosas del suelo. Se guardó el frasco en el bolsillo antes de llamar a la policía, aunque sabía bien que no le harían mucho caso: eran lacayos del gobierno federal y la CIA, los mismos que habían organizado éste desastre. Buscó las notas de su última novela, no estaban. Todo su trabajo de los últimos meses desaparecido... Los maldijo a todos.

No volvió a pensar en el ácido hasta dos semanas después. Acababan de instalarle la nueva puerta de seguridad y por fin se había deshecho de las cosas de su mujer. Otra vez, se apuñaló mentalmente, otra más que apuntar en mi cuenta de fracasos. Llovía insistentemente en el exterior, el silencio se estaba haciendo demasiado grande, ocupando sin misericordia las habitaciones. Necesitaba un viaje. Abrió el armario y rebuscó hasta encontrar el pequeño frasco escondido entre varios pliegues de ropa, despejó la mesa del salón y empezó su ritual. Desenroscó la tapa y vertió dos gotas de ácido lisérgico sobre un pequeño trozo de cartón para que se impregnara bien. Luego lo cogió con infinita delicadeza y se lo llevó al ojo, una manera arriesgada de tomar la droga, ya que llegaba casi directamente al cerebro. El ojo en el cielo. Aguantó la posición todo lo que pudo antes de que empezaran a fluir algunas lagrimas. Se tapó el ojo con la mano, no había que desperdiciar nada.

Tambaleante, se alejó de la silla y se tumbó en el sofá. Las luces de la casa se hicieron demasiado brillantes, el sonido de la lluvia se multiplicó por cien. Empezó a abandonarle la sensibilidad de sus miembros, no, a cambiar la manera en que su cuerpo recibía esos estímulos.

—Philip —resonó una voz de niña—, ¿Qué haces, Philip?

Él se giró hacia la voz con la mano cubriéndole el ojo todavía. La niña oscura, la niña muerta. Su hermana gemela que nunca creció. Su corazón latió con fuerza, pese a que sabía que era una alucinación. Era una de sus fanta-

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



sías habituales, solía aparecer al principio de sus descensos. Antes de abandonarse al trance, Philip comprendió que iba a experimentar un mal viaje.

—¿Qué te estás haciendo, hermano? —dijo la niña muerta acariciando el pelo de un dormido Philip.

Escalofríos y convulsiones. Sudor frío. El cerebro de Philip absorbió la droga como una esponja reseca al caer a una bañera de agua caliente. Los enlaces químicos del ácido se instalaron en las conexiones de las neuronas para siempre. Casi podía notar cómo se expandía su pensamiento, una masa gelatinosa resbalando fuera de su cabeza. El LSD no se metaboliza, se queda prácticamente inerte pero presente en el cerebro, modificándolo poco a poco, despertando partes de él que normalmente no se utilizan. Aunque tenía los ojos cerrados podía ver cosas. Al principio eran destellos, como fuegos artificiales surgidos de ninguna parte, luego caras, rostros de los que se cruzaba a veces por la calle; finalmente una montaña, una pirámide de oro que traspasaba las nubes, y en su cúspide un ojo gigante enmarcado en un triángulo isósceles. Dios mismo abarcando con su mirada la realidad privada de Philip. Durante un momento toda la atención de ese Dios del Ácido se centró en él, quemando cada nervio, cada célula de su cuerpo. Un momento eterno, un segundo de mil años.

Agonía.

Respirar. Profundamente, inspirar con todo lo que daban los pulmones. Philip se incorporó boqueando con todo el cuerpo presa de una profunda tensión.

—¿Qué te pasa, cariño? —dijo una voz femenina a los pocos segundos—, ¿otra pesadilla?

Philip ajustó sus ojos a la oscuridad, relajó un poco su respiración. ¿Quién era esa mujer? ¿Qué hacía en la cama con ella? Multitud de recuerdos de su época más adicta a las drogas volvieron a su cabeza. Horas muertas, lagunas en la memoria. La mujer encendió la luz de una pequeña lámpara y se giró hacia él.

—Philip, me estás asustando —suspiró cogiéndole de la mano—, llevas así toda la semana. Creo que deberías hablar con el Dr. Wung.

La habitación no era la de su casa. ¿O sí?... No reconocía los objetos, pero sí que había un extraño aire familiar en todos los muebles. La mujer seguía esperando una respuesta. ¿Dr. Wung?, ¿De qué estaría hablando?

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Si, si —murmuró confuso—, no te preocupes.

La mujer no pareció quedarse contenta con la respuesta, pero antes de que pudiese decir nada más Philip se levantó de la cama y se dirigió al servicio. Sabía dónde estaba, pensó mientras cerraba la puerta, pero ésta no es mi casa. Abrió el armario del cuarto de baño, casi todas sus pastillas estaban allí. Junto a crema para pieles sensibles, observó. ¿Qué le había pasado?, ¿Habría perdido dos o tres meses de su vida? Se refrescó la cara con agua y cerró el armario. Se miró en el espejo. Tenía mal aspecto, cansado, pálido. El ojo izquierdo estaba completamente inyectado en sangre, con un tono rojo escarlata. ¿Una subida de tensión?, no lo alcanzaba a recordar. Se secó con una toalla y salió de nuevo al dormitorio.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó la mujer. Era muy atractiva, pero no la conocía. O no la recordaba.

—Sí, algo mejor. Pero no creo que pueda volver a dormirme ésta noche. Prefiero leer algo y no molestarte.

—De acuerdo. ¿Estarás bien?

—Si, descansa.

Philip caminó lentamente por el pasillo camino del comedor. Una vez más no acabó de reconocer el lugar, pero la sensación de familiaridad le invadió completamente. De todas formas había algunas cosas que no encajaban. No había casi libros en las estanterías y la televisión era la más grande que había visto en su vida. Reconoció el mando a distancia y la encendió, bajando el volumen. Un hombre recitaba un sermón.

—Compatriotas americanos, la guerra contra el mal no ha hecho más que empezar. Pero no os preocupéis porque Dios estará de nuestro lado, del lado de la justicia y la democracia. Prevaleceremos porque somos los defensores de los valores que han hecho grande a este país, no dejaremos que nos los arrebaten. Sé que algunos aliados no están de acuerdo con nuestra política, pero esta guerra es una guerra justa y los demás países deberán elegir si están con nosotros o contra nosotros.

La gente aplaudió. Detrás del predicador se dibujaba la bandera americana. Las palabras «Presidente de los EE.UU.» se sobrepusieron en la pantalla del televisor. A Philip empezó a dolerle el ojo con una punzada leve. ¿Quién era ese tipo?... ¿Guerra?... ¿Qué día es hoy? A continuación el canal empezó a emitir imágenes de una batalla. Pero las tomas eran como las de una película de ciencia-ficción, tropas en uniformes futuristas, tanques extremadamente sofisticados, aviones con unos diseños que nunca había visto.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



Volvió a fijarse en la televisión, en los extraños aparatos que tenía conectada. Uno marcaba la hora, las dos de la madrugada, quince de julio del año 2003. Nervioso, empezó a registrar cajones en busca de algún calendario. Finalmente encontró uno. Año 2003. El ojo le dio otra punzada, ésta más intensa que la anterior. Era imposible que fuera ese año, si fuera así él tendría que tener casi setenta y cinco años. Y estaba claro que no los tenía. Miró de nuevo el salón, sus libros no estaban, tampoco su máquina de escribir. ¿Qué estaba sucediendo? Multitud de conjeturas saltaron a su cabeza. Un presidente predicador, guerras, ¿qué más?... Era como lo que tenía escrito en las notas que habían desaparecido de su apartamento, el argumento de su próxima novela. Tranquilo Philip, se dijo, tiene que ser eso. Están recreando tus notas. Experimentando contigo. Pero, ¿quiénes? La mujer. Ella tenía que saber algo.

—¿Quién eres? —dijo Philip entrando de golpe en el dormitorio y encendiendo las luces—, ¿para quién trabajas?

—¿Philip? —musitó la mujer medio dormida—. ¿Qué estás diciendo?

—¡Que quién eres!—Insistió acercándose a la cama.

—Ya empiezas otra vez... Soy Maggie, tu esposa desde hace cinco años, ésta es tu casa en Berkeley y no, no trabajo para la CIA u otra agencia del estado que intente dominar tu mente.

La mujer habló de carrerilla, como si ya hubiese hecho ese discurso muchas otras veces.

—El Dr. Wung dijo que con la nueva medicación dejarías de tener esas alucinaciones —continuó—. ¿Qué te ha pasado en el ojo?

Philip se llevó la mano a la cara. Ahora le dolía más, la punzada en el ojo se había hecho intensa, como si fuese una herida abierta.

—¿Quién es ese Dr. Wung? —preguntó girándose para que no viera el dolor en su rostro.

—Tu siquiatra. Llevas viéndole seis meses, desde que empezaste a tener esos sueños.

—¿Sueños?

—No sueles hablar demasiado de ellos. Duermes muy inquieto y te levantas confundido. Creo que voy a llamar al Dr. Wung —dijo la mujer al ver la cara de incredulidad de Philip.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Llámale —dijo Philip pensativo—, puede que él sepa algo más.

Mientras ella marcaba, él volvió al cuarto de baño. El ojo se le había hinchado más, deformando grotescamente su rostro. Seguía rojo.

—Si, Dr. Wung —escuchó a su supuesta esposa—, vuelve a pasar lo mismo. Está muy confundido. De acuerdo. Sí. ... ¿Philip? —le llamó—, el Dr. Wung quiere hablar contigo.

—¿Sí? —dijo Philip cogiendo el teléfono.

—Philip, soy yo. Charles, Charles Wung. Tu siquiatra. ¿Sabes quién soy?

—En absoluto —contestó fríamente.

—Bueno, no importa. Me ha dicho Maggie que estás confuso, desorientado. ¿Es verdad?

—Si, es cierto. —contestó Philip un tanto dubitativo.

—No te preocupes, voy para allá. Lo aclararemos todo en un momento. Tu siéntate y procura no excitarte, ¿me entiendes?

—S-Sí —era cierto que estaba desconcertado. Ahora todavía más.

—Pásame con Maggie, ¿quieres?

Philip le devolvió el teléfono a su mujer. Ésta intercambió tres o cuatro síes con el doctor. Luego se levantó de la cama y se puso una bata de seda. Era muy hermosa, pensó Philip, justo el tipo de mujer con el que siempre había querido casarse.

—El Dr. Wung me ha dicho que te sientes y descansas. Así que vamos al salón.

Estaba demasiado cansado para discutir. El dolor del ojo se había extendido ya a toda la cabeza. Palpitaba con el mismo ritmo de su corazón, retumbando sin cesar.

—¿Puedes darme algo para el dolor de cabeza?, este ojo me está matando.

—Ahora te traeré algo. ¿Apago la televisión?, ¿O quieres escuchar al presidente?

—¿De verdad ese tipo es el presidente?, parece un telepredicador.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Ayer no pensabas eso —contestó rápidamente Maggie—, después de escucharle fuimos a comprar todo lo que había recomendado Defensa Civil.

—¿Qué?

—Si, compramos cinta aislante, agua embotellada, gasolina, incluso lona plastificada para sellar el sótano.

—No me lo puedo creer.

—No te pierdes ni un discurso del presidente. Dices que es un gran hombre, un verdadero guardián de la fe.

—No. No es posible.

—Escúchale —dijo Maggie subiendo el volumen de la televisión.

—No vamos a esperar a que nos ataquen —dijo el presidente—. Vamos a ir hasta allí y vamos a evitar que tengan la posibilidad de hacerlo. Nuestro modo de vida americano está en peligro y eso es algo que debemos evitar. Somos la nación más poderosa del planeta, no cederemos al chantaje terrorista de unos pocos. La lucha contra el terror no ha hecho más que empezar. Dios salve a América. Gracias por escuchar.

—Ese hombre está loco. —Articuló Philip cubriéndose de nuevo el ojo con la mano—. Nos va a llevar a todos a una guerra.

—Ya estamos en guerra, Philip. ¿Tampoco te acuerdas de los atentados?

—No... ¿qué es eso?

En la televisión estaban mostrando una especie de prisión. Los que parecían ser los reos tenían las cabezas tapadas con capuchas sin agujeros y los mantenían dando vueltas por un patio. Estaban en los huesos. Los guardias iban fuertemente armados y custodiaban a los prisioneros hasta unos minúsculos barracones. De vez en cuando algún soldado sacaba algún cuerpo en una carretilla y desaparecía en un edificio sin identificar. Todo el lugar estaba rodeado con alambre de espino y torres de vigilancia.

—Es... —dudó Maggie— Un campo de prisioneros. Allí retienen a los terroristas.

—Parece un campo de concentración —comentó Philip horrorizado.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Bueno, es que no está en Estados Unidos. Al estar fuera de nuestras fronteras, no hay que aplicarles la constitución. Ni siquiera son ciudadanos americanos.

El ojo sano de Philip se entrecerró horrorizado. ¿Dónde demonios estaba? Tenían que estar presionándolo por algo, pero esto no podía estar pasando de verdad. Era demasiado parecido a todo lo que había escrito en su vida. El resultado de sus miedos.

—Apaga la televisión —suplicó mientras notaba cómo el ojo le pulsaba más fuerte.

—Como quieras.

El televisor se volvió inerte, dejando sólo la imagen de Philip reflejada en negro sobre la pantalla. Maggie le trajo unas pastillas que aliviaron un poco el dolor del ojo. A los diez minutos sonó un timbre.

—Será el Dr. Wung —dijo Maggie levantándose para abrir la puerta.

El siquiatra entró en la habitación. Era un hombre oriental, de unos cuarenta años. Se notaba que le habían sacado de la cama hacía poco tiempo. Dejó su abrigo en una silla y su maletín encima de la mesa. Se sentó frente a Philip con rostro de preocupación.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Muy... Confundido —confesó Philip—. Me duele mucho el ojo. Se me ha hinchado.

—Ya veo. Ahora te daré algo que aliviará un poco la hinchazón.

—Gracias.

—Pero antes quiero preguntarte algo. ¿Sabes quién eres?

Era una pregunta extraña, pero viendo lo presente no parecía estar de más. Philip se irguió en su asiento antes de contestar.

—Creo que sí, es decir, sí que lo sé. Pero no tiene sentido.

—¿Quién crees ser?

—Soy... —dudó por un momento— Philip K. Dick, nací en Chicago en 1928. Soy escritor y...

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Para —le interrumpió el Dr. Wung —, estamos en el año dos mil tres. Si hubieses nacido en el mil novecientos veintiocho ahora tendrías —calculó un segundo el siquiatra—, setenta y cinco años. Te habrás dado cuenta que no los tienes, ¿verdad?

—Sí, me doy cuenta.

—No es la primera vez que te pasa, sueles adoptar diferentes personalidades. Escucha: eres Philip Eldritch, tienes cuarenta y tres años, trabajas de contable en una empresa de supermercados y estás casado con la mujer más encantadora que conozco.

—No...

—Créeme, Philip. Desde que empezó esta guerra has estado sometido a una gran presión. En tu oficina hubo varias alarmas por sobres que parecían contener ántrax. Tuviste una depresión nerviosa que te llevó a cuadros de paranoia y esquizofrenia. ¿Has tomado tu medicación últimamente?

—No lo sé. No recuerdo nada —dijo Philip sinceramente.

—Lo mejor será que duermas. Mañana por la mañana vendré a visitarte de nuevo y hablaremos con más calma. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —susurró Philip sintiéndose muy cansado.

—Te voy a dar algo para el ojo y para poder dormir. Venga Philip, mañana lo verás todo desde otra perspectiva.

—Me duele mucho... —se quejó Philip cerrando los ojos.

El Dr. Wung extrajo una ampolla rellena de un líquido transparente y una jeringuilla hipodérmica del maletín. Maggie abrazó a Philip mientras el doctor le preparaba el brazo, buscando una vena.

—Con esto —le confió el doctor —, dormirás como un leño, pero no soñarás.

—Gracias, Dr. Wung —le dijo Maggie.

La aguja atravesó su piel sin problemas encontrando el flujo sanguíneo. Lentamente Philip fue notando la sustancia extendiéndose por todo su cuerpo, inundándolo de entumecimiento. Su mujer y el siquiatra le ayudaron a llegar a la cama, el dolor del ojo casi había desaparecido. Tenía sueño.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Despierta, Philip —sonó una voz en la niebla blanca que lo envolvía todo.

Philip estaba tranquilo, en la nada. En el vacío. No quería despertar, ni recordar. Aquí no había realidad, ni ficticia ni probable. Sólo la bruma. El silencio. Olvido.

—¡Despierta, hermano! —gritó la voz.

Un calambre recorrió su cuerpo. Luego una arcada le trajo la bilis. Abrió los ojos y se levantó del sofá, corriendo hacia el cuarto de baño. Abocado al inodoro vomitó hasta que no le quedó nada en el estómago. Luego las arcadas no consiguieron sacarle nada más. Tenía frío y seguía sintiendo náuseas, la pastura de vómito en la boca era de un sabor horrible. Intentó asearse un poco con algo de agua. Se miró en el espejo, estaba peor que nunca. Su ojo izquierdo estaba hinchado, inyectado en sangre. Se ve que el ácido le había hecho una llaga o algo parecido. Maldita sea. Se sentía como si le hubiese pasado un tanque por encima. Había tenido el peor viaje de su vida. Tan real que se preguntaba si ahora no seguiría alucinando. Si ahora no estaría atrapado por las drogas del Dr. Wung.

Volvió al comedor y guardó con dedos temblorosos el frasco con el LSD. Miró la máquina de escribir encima de la mesa y sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral. Sus notas, ¿eran las que le habían influido en este viaje o era la realidad misma la que se filtraba a través de él, haciéndole escribir sobre la verdad del mundo? Le dolía la cabeza. El calendario que tenía en la cocina marcaba el año 1970, fuera seguía lloviendo. Su cama estaba deshecha y no había rastro de Maggie. La casa estaba tan vacía como siempre. El ojo seguía doliéndole. «¿Quién soy?», se preguntó, «¿un contable desesperado?, ¿Un marido conservador y puritano?, ¿Un escritor esquizofrénico?». No se pudo dar ninguna respuesta.

La máquina de escribir seguía allí, ¿debía escribir sobre todo esto? Se sentó frente a ella y puso un folio en blanco. Nada. Se llevó las manos a la cabeza y se levantó violentamente. Él no iba a ser quien describiera a los profetas del mañana, a las nuevas criaturas de la guerra. No sería culpa suya, no señor. Que se metieran la realidad donde les cupiese. Él no volvería a escribir. Jamás.

Fuera llovía con fuerza, pero decidió salir a caminar. El cielo estaba nublado y sin rastro de luz excepto por algún relámpago ocasional. Philip levantó la vista mientras esperaba que un semáforo cambiara de color. No pudo ver nada más que oscuridad, pero estaba seguro de que el Dios del Ácido, desde lo alto de su pirámide de oro, se reía de él.

© Alfredo Álamo



Y SU SANGRE SE MEZCLÓ CON LAS ARENAS DE MARTE

Este cuento se me ocurrió pensando en la constante de repetición de la historia, ¿en un ambiente agrario, aunque espacial, se repetirían viejos modelos de conducta?. También influyeron mis abuelos, gente de campo, que hablaban llano y miraban lejos.

Cuando Julián clavó su azada en un terruño reseco, el sol castigaba de valiente. Se secó el sudor de la frente con tranquilidad, apoyado en el mango de madera de la azada, contemplando el campo que estaba terminando de roturar. No era una buena tierra, todos la llamaban yerma, baldía, pero él siempre lograba sacarle algo de trigo que daba para comer, a él y a Petra, su mujer.

Julián dio un paso hacia atrás y clavó el tacón negro de su bota, recuerdo de los tiempos del servicio militar, haciendo fuerza para levantar la azada de nuevo y desafiar al calor de la tarde. Poco a poco fue creando caminos en la tierra rojiza. Antes era más fácil, cuando Abel no había vendido el robotractor y se pasaba a echarle una mano de vez en cuando. «*A ver cuándo Don Miguel te compra uno de estos —decía orgulloso mientras controlaba el enorme robot rojo— que te tiene hecho un esclavo para el siglo en que vivimos*». Julián no decía nada, solo miraba cómo las palas de acero brillaban mientras hacían el trabajo de diez jornadas en un par de horas. Echaba de menos a Abel, los almuerzos en la era, los paseos hasta su finca. Dio otro golpe con la azada. Un día llegaron los de la ciudad y hablaron con Abel, le ofrecieron un sitio en la capital aunque no estaba cualificado a cambio de las tierras. Ahora docenas de pequeños robots rondaban los lindes de la finca Los Gamos, brillando bajo el fuerte sol, zumbando como abejas gigantes, cuidando las nuevas plantaciones de productos genéticamente adaptados a la extraña tierra de Marte. A veces Julián, bajando por el camino del río, los veía trabajar incansables yendo de un lado para otro. Entonces se apoyaba en su largo cayado y apretaba fuerte los dientes, los ojos entrecerrados por años de sol y el aspecto cortado, como de acantilado, del que ha vivido demasiado.

El viento cambió a cierzo refrescando un poco la tarde, quedaba bastante por labrar pero la luz escaseaba. Julián recogió sus aperos de labranza, los ató y se los echó a la espalda. Mañana sería otro día. Bajó por Santa Quiteria, entre los pocos álamos que quedaban, hasta llegar a la Cerrada. En el pueblo ya no quedaba casi nadie de los de antes, las casas pintadas de rojo se venían lentamente abajo sin que nadie hiciera nada. En el centro, donde antes estaba la iglesia, estaban terminando el taller de reparaciones, un edificio de planchas plásticas prefabricadas que a Julián no le gustaba nada.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



Alguno de los últimos perros acudieron a saludarle, ladrando y saltando a su alrededor.

—¡Petra! —gritó desde la cuesta que llevaba al patio de su casa— ¡Que ya he llegado!

Su mujer salió a la puerta limpiándose las manos en el delantal. Ninguno de los dos era joven ya y los surcos delataban horas de campo tatuadas en sus rostros. Rostros limpios, por otra parte, de miradas esquivas, de mentiras, los ojos de Julián miraban siempre hacia delante, como los de Petra, sin miedo.

—Ya era hora que llegaras, se está girando frío —dijo Petra oteando el camino tras su marido—, la sopa la tienes para comer. Venga, a limpiarse. —añadió volviendo a entrar en la casa.

Julián gruñó un poco, como era su costumbre, y dejó las herramientas en la vieja paridera. Ya casi no tenían animales y ahora lo utilizaba como almacén, los conejos en sus jaulas se removieron inquietos cuando entró.

—Ya me voy, ya me voy —les intentó tranquilizar Julián caminando cansino hacia el interior de la casa.

Los muros de la vivienda eran antiguos, al entrar dentro se notaba el frescor de la piedra vieja. Mientras Julián se aseaba el olor de la cena se extendió por toda la casa, señal de que la comida estaba ya en la mesa.

—Hoy ha llegado carta —le dijo Petra un vez estuvieron los dos sentados—, de Don Miguel.

Julián sopló la sopa caliente que tenía en la cuchara y se la tomó. Don Miguel era el dueño de casi todo el pueblo, las tierras que cultivaba Julián también eran suyas.

—Tendrías que ir donde Cosme, para que te la leyera —continuó Petra que ni siquiera había tocado su plato.

—¿No comes nada, mujer? —dijo Julián dejando su cuchara a un lado.

—Ay Julián —dijo Petra—, que las cartas nunca traen nada bueno.

No hicieron más comentarios, cuando terminaron de cenar Julián se puso un viejo abrigo y se calzó la boina.

—Voy con Cosme —le dijo a Petra que estaba recogiendo la mesa.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



El camino no era largo, cogió la senda del molino hasta llegar al Caño de la Vieja, a la derecha estaba la Rambla de San Martín, el pueblo de Cosme. Cuando Cosme se licenció en la ciudad se volvió para su pueblo, decía que hacía falta un médico en la zona. No le faltaba razón, las radiaciones eran fuertes pese a la terraformación y una asistencia sanitaria era esencial en la zona. Aún así, con los años, la población del lugar había empezado a escasear, pero Cosme seguía con su dispensario, haciendo también funciones de veterinario, escribano o abogado. Julián llegó hasta la puerta de la casa y llamó con el cayado.

Cosme abrió la puerta vestido con una bata de médico.

—¡Julián! —se sorprendió—, pasa hombre pasa. ¿Ocurre algo?

—¿Interrumpo? —dijo Julián quitándose la gorra.

—No, hombre, no —le contestó Cosme acompañándolo al interior—, acaba de terminar con la perra de Manuel, que tiene una pata rota. ¿Estáis bien Petra y tu?

—Si —dijo Julián algo incómodo mientras rebuscaba en los bolsillos del abrigo—, es que me ha llegado carta de Don Miguel.

—Entiendo —dijo Cosme—, venga, siéntate y ahora la leemos.

A Julián le avergonzaba todavía ir a que Cosme le leyera las cartas. La vida en los campos no le había permitido aprender mucho, y lo poco que los militares le hicieron aprender lo olvidó al volver a coger la azada. Entonces la normativa era más dura que ahora y casi nadie se iba a las ciudades, no como ahora. Por eso los campos se estaban vaciando de personas y llenándose de robots. Cosme cogió la carta de las manos de Julián y empezó a leerla.

—No te preocupes, Julián —le intentó tranquilizar—, será alguna tontería de Don Miguel.

Julián no dijo nada, se quedó en silencio observando cómo la cara de Cosme cambiaba de su habitual jovialidad a una seriedad extrema.

—Malo —dijo Cosme al terminar de leer.

—Las tierras —dijo Julián resignado.

—Va a vender las eras y los campos —explicó Cosme—, se ve que los de la ciudad le han ofrecido por fin lo que esperaba. Que cabrón.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—¿Y que dice de mí?

—Que te acojas al subsidio —dijo releendo la carta—. Tendrás que venir a la Rambla, a uno de los apartamentos públicos.

Julián gruñó.

—Sé que no te gustan esas construcciones de plástico, Julián —dijo Cosme—, pero todo es de Don Miguel, si él vende no tienes nada que hacer. Si se deshace de todo ya no podrías trabajar ni como jornalero. Los robots son más baratos.

Julián se miró las manos, encallecidas, llenas de caminos, cuarteadas por el trabajo de cientos de días.

—Gracias, Cosme —dijo Julián recogiendo su carta—, ya es tarde y Petra se estará preocupando.

Cosme observó la mirada perdida de su amigo. Comprendía a duras penas sus sentimientos, las tierras en las que trabajaba habían sido el hogar de su gente desde la primera colonia, cuando las ciudades ni siquiera existían. Más de doscientas familias llegaron a Marte cuando acabó la terraformación, la de Julián entre ellas, con la promesa de la propiedad de la tierra. Después del intento de secesión de la colonia aparecieron los terratenientes que, tras doscientos años, seguían mandando como viejos caciques terrestres.

—¿Estás bien? —le preguntó antes de que saliera de casa.

—Sí, sí —dijo Julián—, algún día tenía que pasar. Gracias otra vez, Cosme.

—No hay de qué, ve con Dios.

—Con Dios —repitió Julián alejándose de la casa, perdiéndose en la noche carmesí de Marte.

Cosme se acercó días más tarde a la casa de Julián, la más vieja de las que quedaban en pie por la zona, para ver como le iba al viejo labrador. En la aldea habían terminado el módulo de reparación de robots, un edificio blanco que resaltaba entre el rojo clásico marciano. La casa de Julián estaba en lo alto de una pequeña colina, Cosme apretó el paso y subió la cuesta antes de abrir la puerta del patio.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—¿Se puede? —dijo con voz fuerte al entrar.

No obtuvo respuesta, así que atravesó el patio hasta llegar a la puerta de la casa que estaba entornada.

—¿Petra? —llamó Cosme empujando suavemente la puerta.

Parecía que la casa estaba vacía, bueno, pensó Cosme, ya volveré otro día.

—¡Ay, Cosme! —sonó una voz de mujer en el interior de la casa—, ¡menos mal que has venido!

Petra bajó las escaleras del primer piso y le abrió la puerta. La mujer estaba muy agitada, con los cabellos deshechos y las manos temblorosas.

—¿Qué pasa, mujer? —preguntó Cosme.

—¡Qué va a pasar! —dijo Petra con la voz tomada—, Julián. Ésta mañana ha venido Don Antonio, el abogado de Don Miguel, para darnos los papeles del subsidio y decirnos que teníamos hasta final de mes para marchar de casa. Julián se ha puesto hecho una furia, nunca lo había visto así. Ha agarrado al abogado y lo ha tirado de casa a patadas. Ahora tengo miedo, Cosme, tengo miedo.

—¿Dónde está Julián ahora? —preguntó Cosme.

—Arriba, en el cuarto. Hace un rato que no habla, sólo mira por la ventana.

Cuando Cosme llegó arriba Julián se estaba terminando de vestir. Se había puesto los pantalones negros de tela que compró en la ciudad y la chaqueta de pana buena. Era el traje con el que se había casado, en realidad el único traje que tenía.

—Hola Julián —dijo Cosme—, ¿vas a ver a Don Miguel?

—¿Serviría de algo? —contestó escuetamente Julián.

—Supongo que no. ¿Para qué te has vestido entonces?

Julián terminó de abrocharse la camisa, abrió el armario que ocupaba la pared al lado de Cosme y sacó una escopeta. Estaba vieja y oxidada, posiblemente sin disparar desde hacía décadas. Julián la abrió con un golpe de rodilla y miró con ojo crítico a través de los cañones.

—No irás a hacer una locura —dijo Cosme sorprendido.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



—Sujeta —le dijo Julián pasándole la escopeta.

En el armario había un par de cajas de munición, Julián las revisó y se llenó los bolsillos con cartuchos. Luego recogió la escopeta de las manos de Cosme y la cargó. Un golpe seco y un chasquido cerraron la escopeta en manos de Julián. Miró a Cosme y luego salió de la habitación, dejándolo solo delante de una ventana que daba a los campos de Marte.

—No hagas ninguna locura —dijo Cosme bajando a toda prisa la escalera—, no tienes nada que ganar con esto.

Petra salió de la cocina con un zurrón en la mano.

—Te he preparado el almuerzo Julián —le dijo casi llorando.

El labrador se paró un momento y contempló a su esposa, le dedicó un largo rato antes de ponerse el zurrón por encima de la cabeza. Agarró con fuerza la escopeta y salió por la puerta con paso decidido. Petra se dejó caer en una silla con la mirada en el suelo. Cosme, por primera vez en su vida, se había quedado sin palabras.

Los perros se unieron a Julián en su caminar, ladrando sin parar por las calles vacías del pueblo, terminando de dibujar un cuadro allí, en las dunas de Marte, recortado el hombre contra el sol. Los pies le llevaron, casi por inercia, hasta la finca de Los Gamos, donde los robotractores y los androides hidropónicos se encargaban de mantener la productividad. Sus cuerpos reflejaban el rojo de la tierra con tintes metálicos mientras iban de un lado para otro, incansables, abriendo campos, recogiendo frutos, transportando la cosecha, controlando el agua. ¿Y quiénes eran ellos?, nadie, nada. Juguetes mecánicos de un dios demasiado humano para pensar en Julián y su azada vieja. Apretó con fuerza los dientes y entró en la finca. A su alrededor zumbaban los más pequeños, robots abeja que repartían el polen por los campos. A su derecha un androide recolector terminaba de hidratar un pequeño huerto de hortalizas. Hortalizas donde nada más débil que el trigo o el mijo había arraigado nunca. Julián agarró la escopeta y tiró para atrás los percutores, apoyó los dos cañones en la cabeza del androide, absorbió todavía en los pequeños rincones de su huerto.

El sonido extraño de un trueno en Marte recorrió kilómetros, la cabeza del robot quedó medio arrancada, colgando de unos pocos cables frente a Julián. Los servos siguieron funcionando unos segundos, fallando poco a poco mientras el robot caía entre las plantas. Julián respiró, el olor a pólvora se mezcló con el de la arena marciana, con el de lubricantes y líquidos hidráulicos. Él era mejor que el robot, porque podía destruirlo una y otra vez.

ERIDANO

SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI

Nº 2



Un zumbido intenso atravesó su brazo izquierdo, provocándole un pinchazo de dolor. Luego fue la pierna derecha, la rodilla. Un intenso bombardeo de pequeñas abejas metálicas traspasó su cuerpo en un parpadeo, se le aflojaron las rodillas y su punto de vista pasó del robot ajusticiado al luminoso cielo de Marte. Le dolía todo el cuerpo, era incapaz de moverse, la sangre se le acumuló en la garganta.

Había roto su mejor traje, Petra se iba disgustar.

© Alfredo Álamo

FIN